

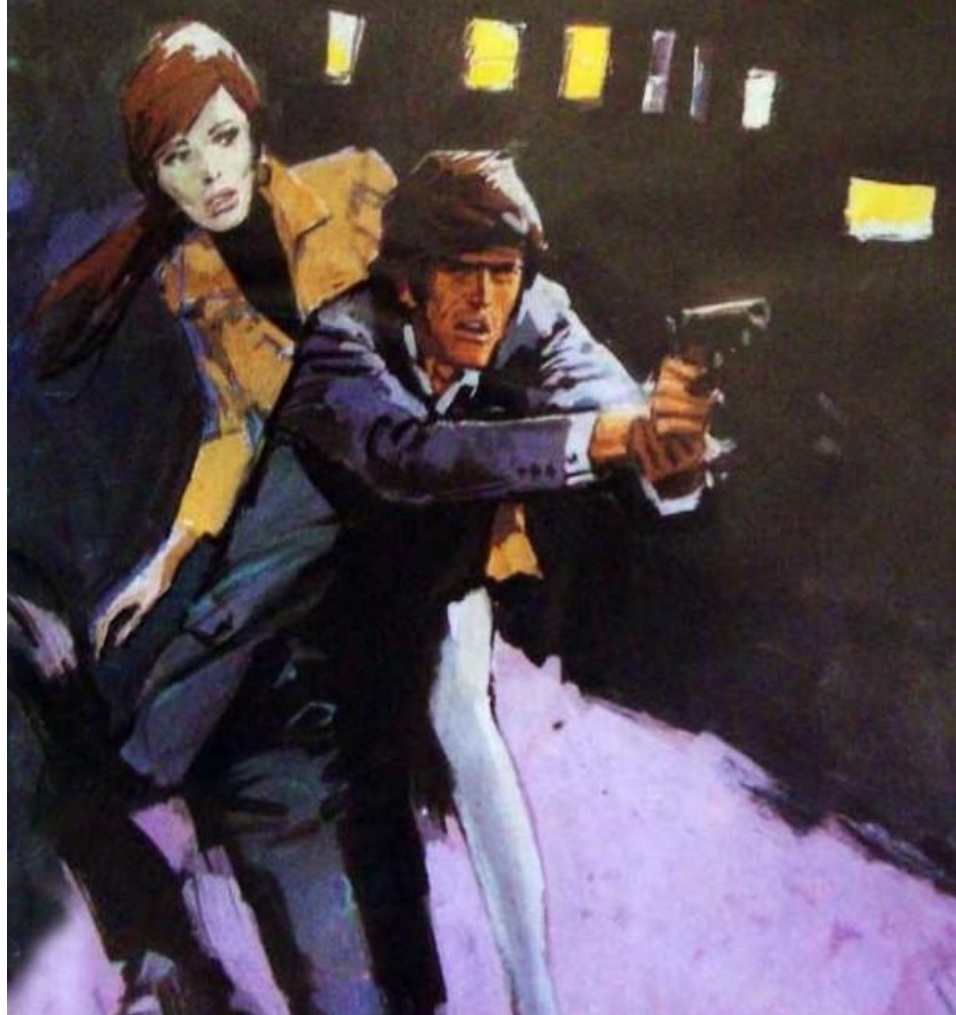
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

RUBIES POR
DIAMANTES

*Lou
Carrigan*





**SERVICIO
SECRETO**



LOU CARRIGAN

**RUBIES POR
DIAMANTES**

SERVICIO SECRETO n.º 1660

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B 10650-1982
Impreso en España Printed in Spain
2^a edición en España: mayo, 1982

© Lou Carrigan, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Tony Mason terminó su cena en el restaurant Hammadi de Tánger, a la entrada de la Casbah por la parte alta. Pagó su cuenta, añadiendo una propina no generosa, pero sí decente, y decidió regresar directamente a su lancha, para tumbarse a leer un rato, a falta de cosa mejor que hacer.

La lancha estaba surta en el muelle al pie mismo de la Casbah, y como no tenía deseos de pasear, decidió atravesar ésta, sin la menor preocupación. Todavía circulaban rumores de reminiscencias romántico-aventureras sobre la peligrosidad de la Casbah, pero lo cierto era que a Tony Mason jamás le había ocurrido nada allí. Por supuesto, era verdad que se veían árabes de aspecto más bien mugriento y poco tranquilizador en las estrechas, tortuosas, descendentes callejuelas que en ocasiones permitían difícilmente el paso de dos personas juntas, pero lo peor que le había ocurrido en tal lugar a Tony había sido tener que rechazar un día a un terco vendedor de haxix.

Por lo demás, nada.

Quizá porque cuando Tony Mason paseaba por la Casbah con las manos en los bolsillos y el cigarrillo en los labios, eran los árabes quienes pensaban que aquel sujeto tenía muy mala pinta, y que más les valía no molestarlo.

Con lo cual, los árabes demostraban una gran perspicacia.

Tony Mason medía metro ochenta y cinco, y tenía unos hombros muy dignos de ser estudiados antes de acercarse a darle un pisotón aunque fuese involuntariamente. Considerando la envergadura y la potencia de esos hombros, y, sobre todo, la expresión de auténtica mala uva del británico, se podía definir como muy inteligente la decisión de los árabes de dejarle paso libre.

Eso aparte de que tenía todo el aspecto del tipo capaz de llevar una convincente pistola en su viejo chaquetón de marino, y, a lo peor, hasta un par de bombas de mano bajo su mugrienta gorra de lona blanca y visera de celuloide azul, bajo la cual escapaban siempre buena parte de sus greñas rubias.

Por lo que fuese, Tony Mason deambulaba por la Casbah con toda tranquilidad. Y seguramente, si alguien le hubiese sugerido el peligro que eso entrañaba, se habría quedado pasmado.

—¿Qué?

—Hombre, que tenga usted cuidado. Eso de pasear solo por la Casbah...

—¿Qué?

—Pues que puede ser peligroso.

—¡Ah!

Y luego, naturalmente, habría continuado paseando por la Casbah. Esto es, haciendo lo que le daba la gana. ¿Peligroso? Sí, sí, pero..., ¿para quién?

No tuvo nada de extraño, pues, que Tony Mason llegase al muelle sin novedad. Se dirigió hacia la parte donde tenía amarrada su lancha, siempre con las manos en los bolsillos, la cabeza baja y el cigarrillo colgando de sus labios.

Iba tan abstraído, que seguramente habría pasado de largo por delante de su lancha si algo no le hubiese llamado la atención. Algo que lo dejó pasmado, atónito, estupefacto en verdad.

Desde luego, vio en seguida a los tres hombres en la cubierta de la lancha, intentando un tanto rudamente abrir la puerta que llevaba al interior, a la vivienda. Tardó algo más de un segundo en darse cuenta de que aquélla era su lancha.

Finalmente, sí, quedó pasmado, atónito, estupefacto durante tres segundos más.

Transcurridos éstos, se acercó más al borde del muelle, tiró la colilla del cigarrillo al agua, y saltó a su lancha, detrás de los tres hombres, de los cuales, sólo uno se dio cuenta de la presencia del gigante rubio.

Tony Mason se dirigió cortésmente a ese individuo:

—¿Podría ayudarles de algún modo? —preguntó en francés—. Es que tengo la llave de esa puerta, ¿saben?

Los otros dos se volvieron velozmente al oír la voz de Tony

Mason. De modo que vieron con toda claridad lo que Mason hacía con su compañero: lo asió por la ropa del cuello, lo levantó como si fuese de paja, le puso la otra mano en el trasero, lo alzó por encima de su cabeza, y lo tiró fuera de la lancha.

Todavía se estaba oyendo el chapoteo de aquel hombre cuando Tony Mason asió a otro por la ropa del pecho, con la mano izquierda, y tiró de él, hacia popa, como quien pretende abrir una puerta difícil con un conveniente tirón... El hombre lanzó un grito de espanto mientras recorría la pequeña cubierta a toda velocidad, aumentó el tono de su grito cuando rebasó la popa y se encontró en el aire..., y dejó de gritar cuando se dio de cara contra las durísimas piedras del muelle, y cayó al agua.

El tercer sujeto tenía la pistola en la mano, para entonces. Y pese a su sobresalto, estaba bien claro que se disponía a utilizarla contra Tony Mason. El cual, ciertamente, lo comprendió. Así que adelantó un paso, asió la muñeca derecha del hombre, y la apartó. Al mismo tiempo disparaba su puño derecho, que se hundió en el vientre del árabe como si fuese a atravesarlo.

No lo atravesó. Pero un trastazo como aquél era suficiente para dejar fuera de combate a cualquiera. El árabe lanzó un berrido, se encogió, y cayó hecho un ovillo a los pies de Tony. Éste recogió la pistola, la miró brevemente, hizo un gesto despectivo, y la tiró al agua. Luego, asió al árabe por el fondillo de los pantalones, lo llevó hasta la borda, lo sacó por allí como si fuese una bolsa de basura, y lo dejó caer.

Se sacudió las manos, y se volvió hacia la puerta que llevaba a la cabina de su lancha.

Entonces volvió a quedar estupefacto.

Era verdad: él tenía la llave de aquella doble puerta pequeña e incómoda, pero, nunca la utilizaba. Por la sencilla razón de que allí dentro no había nada que valiese la pena, salvo la botella de *whisky*. Por lo demás, era poco probable que unos ladrones se molestasen en llevarse un montón de libros, unos pantalones y unos zapatos que no les irían bien a ninguno de ellos, y una cafetera que solamente Tony Mason sabía cómo hacerla funcionar después de un montón de años de servicio.

Pero no era esto lo que tenía estupefacto a Tony Mason. Lo que lo tenía estupefacto era el hecho de que, bien seguro que él no se

molestaba en cerrar aquella puerta, ahora estaba cerrada. Había sido cerrada por dentro. Entonces, Tony tuvo una revelación: alguno de los compinches de aquellos tres desgraciados había entrado, y, como fuese, había cerrado la puerta, y ahora no sabía abrir.

Los hay que tienen mala suerte, desde luego.

Con toda cachaza, Tony sacó la llave, abrió la puerta, y empujó las dos hojas.

—Amigo —dijo en árabe—, será mejor que salgas de ahí con las manos sujetándote los... tobillos. Si no tienes las manos ahí, te las vas a cargar.

Silencio.

Tony Mason frunció el ceño. Luego, sin más complicaciones, entró, encendió la luz, y se quedó mirando el pequeño habitáculo en el que, con buena voluntad, conseguía acomodar su metro ochenta y cinco de músculos que solían funcionar a la perfección bajo los mandatos de su cerebro de mil seiscientos gramos aproximadamente.

Parecía que no había nadie allí, pero Tony Mason miró hacia el único lugar donde podía esconderse una persona de tamaño corriente: el pequeño armario de formica, desvencijado y machacado por todos lados en el que guardaba sus zapatos y los pantalones «de vestir». A lo peor, pensó Tony, el tipo que está dentro del armario no es árabe, y no me ha entendido.

Entonces, repitió el consejo en francés, pero no mencionando ya los tobillos, sino con toda exactitud la parte anatómica a la que se había referido antes con tanta discreción.

Cuando terminó de hablar, la puerta del armario comenzó a moverse, en efecto. Tony fue allá, la asió, y acabó de abrirla de un tirón.

—¡Atiza! —exclamó. No era un hombre.

Era una morena de grandísimos ojos, que, además, los abría muchísimo, fijos en Tony Mason como esperando de éste lo peor del mundo. Pero esa expresión duró apenas un segundo. En seguida la morena exclamó, como en un grito de alivio:

—¿Señor Landsbury? ¿Es usted Reginald Landsbury, del MI 6 británico?

—¿Del qué? —Se pasmó Tony.

—¡Del contraespionaje británico!

Tony Mason iba a responder, pero entonces se dio cuenta de una cosa en verdad molesta: la bella morena tenía en la mano derecha una pistolita. Parecía un juguete, pero sólo un tonto se arriesgaría a que lo utilizarasen contra él. Y la pistola estaba apuntando a su estómago.

—Sí, sí —dijo rápidamente—, soy Percyval Brambury, del...

Mientras decía esto, la morena lanzaba un grito de sobresalto, pues ciertamente, Percyval Brambury no era el nombre que ella había pronunciado; y mientras lanzaba el grito, se disponía a disparar.

Ya no tuvo tiempo. La mano izquierda de Tony Mason asió su muñeca derecha, dio un tirón, y la muchacha salió del armario como arrancada por una máquina. Chocó contra el panel de enfrente, Tony la hizo girar, y le hundió el puño en el estómago, aunque con cierta delicadeza. No la suficiente, sin embargo. La muchacha puso los ojos en blanco, su boca se desencajó, su rostro quedó lívido..., y se desplomó a los pies de Tony, que estuvo un par de segundos todavía sujetándole la muñeca, aunque la pistolita se había desprendido de los finos dedos femeninos.

Soltó la muñeca, recogió la pistola, y tras mirarla con curiosidad y cierta guasa, se la guardó en un bolsillo. Acto seguido alzó a la muchacha, y la depositó en la litera. Luego, las enormes manazas de Tony Mason recorrieron el turgente cuerpo femenino, hasta convencerse de que no había más armas. Ni armas, ni nada. El vestido, eso era todo.

Estuvo unos segundos contemplando a la desvanecida muchacha. Luego, miró hacia la puerta, de nuevo a la muchacha... La cosa no podía estar más clara: aquellos tres sujetos la habían estado persiguiendo, ella se había metido en su lancha encerrándose por dentro, y ellos, que se habían dado cuenta, estaban intentando derribar la puerta cuando él llegó.

Alzó un párpado de la muchacha, y asintió al ver cómo la pupila se empuqueñecía.

Estaba bien. Sin sentido, pero bien. Comenzó a darle unos amables sopapos en las mejillas.

—Hey... ¡Hey, morena! ¡Vamos, despierta!

Pero, evidentemente, el puñetazo había sido excesivo para la

muchacha, y todavía tardaría varios minutos en recuperarse. Tony pensó en aquellos tres hombres que había tirado al agua, y las conclusiones que obtuvo no le gustaron. Lo mejor era salir a cubierta, poner en marcha la lancha y largarse de allí.

Esto estaba pensando cuando notó el breve balanceo de la lancha. Balanceo que sólo podía indicar que alguien acababa de subir a bordo...

—¡Oiga! —Oyó la voz, en francés—. ¡Será mejor que me escuche usted con atención, amigo!

—¡Le escucho! —aceptó Tony.

—Voy a entrar... Piénselo bien antes de hacer ninguna tontería. ¿Me comprende?

—Entre.

Metió la mano en el bolsillo donde había guardado la pistolita de la muchacha. Pero, cuando el hombre apareció, no llevaba arma alguna, así que Tony Mason se relajó. Era un tipo flaco, pelirrojo, de ojos muy claros, y vestido correctamente a la europea. Dirigió sus ojos hacia la muchacha, y luego de nuevo hacia Tony, que le miraba con suma atención.

—¿Es amiga de usted? —preguntó el pelirrojo.

—No. En mi vida la había visto. ¿Y usted quién es?

—Eso no le importa. Lo que...

—Usted es inglés —cortó Tony—. Y no me diga que no, porque conozco a un compatriota de aquí a Londres.

El pelirrojo parpadeó.

—¿No es usted francés? —murmuró, ahora en inglés.

—Claro que no —masculló Tony—. ¿Quién es la muchacha? ¿Qué demonio está ocurriendo?

—¿Está seguro de que no es amiga suya?

—Si estuviese tan seguro de algunas otras cosas, mañana me convertía en millonario. ¿Eran amigos suyos los desgraciados que he tirado al agua?

—Sí. Pero ya han salido de ella, y los tres, además de otro, lo están esperando a usted afuera, bien armados esta vez. Será mejor que colabore.

—Colaborar..., ¿en qué?

—Queremos a la muchacha. Y usted va a tener que venir también con nosotros. A las buenas o a las malas, como prefiera.

—Maldita sea mi estampa... ¿En qué lío me he metido ahora?

—¿No lo sabe?

—¡Claro que no! ¿Cómo demonios iba a saberlo? Vengo de dar un paseo y de cenar, y me encuentro a tres tipos en mi lancha, intentando yo qué sé... ¿Qué habría hecho usted? Luego, entró aquí, y me sale de dentro del armario esa nena, con una pistolita en la mano, y me pregunta si soy no sé quién de no sé qué. Y ante la duda de lo que esté proyectando con respecto a mí, le sacudo un tortazo, y asunto liquidado.

—No está liquidado. Ella vino a esta lancha por algo.

—Entiendo —murmuró Tony—, usted insiste en que ella y yo somos amigos.

—De otro modo, ¿por qué tenía que venir a esta lancha?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Se lo preguntaré a los dos. Pero no aquí. Vamos a hacer un corto viaje por mar, señor...

—Mason. Anthony Mason.

—¿A qué se dedica usted? ¿Qué hace en Tánger?

—¿Y a usted qué mierda le importa eso? —graznó Tony.

—Deme la pistola de la muchacha —tendió la mano el pelirrojo—. ¿Tiene usted armas propias?

—Sí, dos. —Tony alzó los puños cerrados—; éstas.

—Por poco bien que lo piense, comprenderá que no es suficiente contra tres pistolas y una metralleta que están esperando afuera. Ya sé que maneja bien esas «armas», pues le he visto desde el coche, pero insisto en que lo piense bien. No estamos bromeando, señor Mason.

—¿No puedo saber de qué va el asunto?

—No. Y es mejor para usted. Si nos convencemos de que no es amigo de la muchacha, lo dejaremos marchar, y podrá seguir ocupándose de sus mierdosos asuntos.

Tony Mason frunció el ceño. Estuvo unos segundos reflexionando. Por fin, encogió los hombros, y movió el codo derecho.

—Tengo la pistola en esta mano —dijo—. Se la voy a entregar, así que no se ponga nervioso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Efectivamente, Tony sacó la pistola, y la entregó al hombre, que

aprobó con un gesto. Luego, señaló hacia cubierta y salieron ambos, Tony por delante. Cierto y bien cierto: en el muelle había un tipo empapado, empuñando una pistola. En la lancha habían ya otros dos, también empapados, y uno de ellos empuñaba también una pistola y el otro una metralleta. El pelirrojo se dirigió al que estaba en tierra firme, hablando en árabe, y el hombre se alejó rápidamente, mientras el pelirrojo se dirigía a Tony:

—Ponga el motor en marcha. Pero no zarpe todavía.

Tony Mason obedeció, mascullando feas palabrotas, bajo la hosca mirada de los dos bañistas vestidos que le apuntaban con sus armas. El otro regresó antes de dos minutos, mientras en el muelle se oía el motor de un coche alejándose; saltó a cubierta, y el pelirrojo señaló hacia la salida del muelle.

—¿Conoce estos lugares?

—Mejor que mis bolsillos.

—Vamos hacia Cabo Espartel.

—Está bien.

De nuevo habló en árabe el pelirrojo, y uno de los empapados sujetos entró en el habitáculo de la lancha, observado torvamente por Tony Mason. Pero, además de alto y fuerte, debía ser inteligente, porque ni hizo el menor comentario entonces, ni se las había dado de héroe cuando comprendió que tenía las de perder.

Así pues, la lancha zarpó en dirección a la salida del puerto.

—Acérquese a la costa.

CAPÍTULO II

Arriba y algo alejada, se veía la luz del faro, que proporcionaba un resplandor considerable en muchas millas a la redonda. Con perfecta visión, pues, Tony Mason gobernó hacia la costa rocosa. El pelirrojo volvió a señalar, concretando más, y en menos de un minuto llegaron a un punto donde se veía un embarcadero natural, en el cual había un yate anclado, con todas las luces apagadas. Detuvo la lancha a popa del yate, justo delante de unos escalones excavados en la roca. En la borda del yate apareció la figura de un hombre, que habló en árabe. El pelirrojo le contestó en el mismo idioma.

—Saque a la muchacha de ahí dentro —miró luego a Tony—. La va a cargar usted mismo.

Mason entró en el habitáculo, dirigió una hosca mirada al árabe, y se acercó a la muchacha, que había recuperado el conocimiento y parecía bastante serena, sosegada. Miró a Tony en silencio, con lento parpadeo. Sus ojos eran muy grandes, oscuros, muy bonitos.

—Bueno, sal de la litera ya, Bella Durmiente —masculló Tony—. Tenemos que ir a no sé dónde con estos tipos que no sé quiénes son. ¡En menudo lío me has metido, guapa! No podías haber escogido otra lancha para esconderte, ¿eh?

—¿No es usted Landsbury? —musitó ella.

—Vete al demonio. Me llamo Mason. Así que ya me dirás qué pinto yo en todo esto.

—Lo siento por usted, señor Mason.

—¿De veras? —Gruñó Tony—. Bueno, venga, mueve los cascos hacia cubierta.

La muchacha había saltado ya de la litera, y se encaminó a la doble puerta. El árabe de la pistola salió a cubierta tras ellos. El

pelirrojo y otro ya estaban en los escalones, y el de la metralleta señaló hacia allí. Tony saltó, la muchacha hizo lo mismo, y luego saltaron los dos que quedaban en la lancha, y que se colocaron tras ellos cuando iniciaron la subida por los escalones de roca. Ascendieron así unos doce metros, pero cada vez más tierra adentro. Llegaron al final de los escalones, a un llano con bastantes árboles y arbustos. Hacia el fondo, se veían las luces de una casa, y el pelirrojo señaló hacia allá, encabezando la marcha. Abajo y atrás quedó el mar, chascando contra las rocas.

Cuando llegaron ante la casa, había dos hombres esperando ante la puerta. A un lado se veía un coche. El pelirrojo se acercó a hablar con los dos hombres, y tras medio minuto de cuchicheo, uno de ellos entró en la casa. Salió un par de minutos después, e hizo señas para que entrasen.

Cruzaron el vestíbulo, y entraron en un salón decorado mitad a estilo árabe y mitad europeo. La mayor parte de los muebles eran europeos, pero habían cortinajes, alfombras y cojines de factura marroquí.

El hombre que estaba sentado en el centro del sofá era marroquí. El que estaba tendido de bruces sobre la alfombra, con manchas de sangre en la espalda, revueltas sus ropas, y los forros de los bolsillos hacia afuera, era europeo. Tony Mason no necesitó más que un vistazo para saber esto, y luego miró a la muchacha que caminaba a su lado, y que estaba muy pálida, y se mordía los labios, fija su mirada húmeda en el hombre muerto a los pies del marroquí.

Éste era delgado, de aspecto elegante y sobrio, ojos negros apenas visibles tras sus alargados párpados. Tenía una sólida y contundente nariz morisca, algo ganchuda, y una firme y recia barbilla. Vestía netamente a la europea. París, pensó Tony, viendo sus ropas. La edad del marroquí debía rondar los cuarenta años.

Y toda su atención estaba centrada en aquel momento en la mortificada muchacha que había metido en el lío a Tony Mason.

—¿Cómo dieron con nosotros? —preguntó en perfecto francés.

La muchacha lo miró, y apretó los labios. El marroquí alzó las cejas, sinceramente asombrado.

—Vamos, señorita, vamos... Esa actitud es absurda. Quiero saber quiénes son ustedes y cómo dieron con nosotros. Si no contesta a mis preguntas, le sacaré los ojos, y le cortaré las manos y

la lengua. Naturalmente, después de haberla dejado toda una noche en compañía de mis hombres, para darle un poco de tiempo a reflexionar. Sea sensata. ¿No comprende que finalmente nos dirá todo lo que queramos?

Tony miró de reojo a la muchacha, que estaba aún más pálida que antes. Parecía un cadáver puesto en pie. La vio asintir con la cabeza, y luego miró de nuevo al marroquí, que asintió amablemente.

—Eso está mejor. ¿Cómo dieron con nosotros?

—Recibimos una información desde Francia, referente a uno de sus hombres que hace unos días estuvo allí —susurró.

—¿Cuál de mis hombres?

La muchacha señaló a uno de los que habían esperado ante la puerta de la casa.

—Boutet —dijo—. Nos dijeron cuándo y por dónde llegaría, y lo esperamos. No tuvimos tiempo de más. Cuando lo recogieron en el coche y vinieron hacia aquí, los seguimos. Luego, quisimos ver quién había en la casa, y cuando estábamos en el jardín uno de sus vigilantes dio la voz de alarma.

—Entiendo. Conseguimos matar a su compañero, pero usted escapó en su coche, y regresó a toda velocidad a Tánger, sin duda dispuesta a pedir ayuda.

—Sí.

—¿Y fue a pedirle ayuda a este hombre? —señaló el marroquí a Tony.

—No. No le conozco. Yo...

—¿Se da cuenta? —exclamó Tony, mirando al pelirrojo—. ¡Ya le dije...!

—Cállese —dijo secamente el marroquí—. Luego hablaré con usted. Siga, señorita, ¿a quién fue a pedirle ayuda? ¿Hay más compañeros de usted en Tánger?

—Actualmente, no.

—Naturalmente, ustedes dos pertenecen al SDECE.

La muchacha se pasó la lengua por los labios, y asintió en silencio.

—¿Cuál es su nombre y el de su compañero?

—Él se llama..., se llama Pierre Mounier. Yo, Miléne Quidet.

—¿Realmente trabaja usted para el Servicio de Espionaje y

Contraespionaje francés?

—Sí.

—Admirable. ¿Cómo descubrieron sus compañeros de Francia a Boutet?

—No me informaron muy detalladamente de eso, pero sí sé que estaban siguiendo una pista en París, y que entonces apareció Boutet, recién llegado de Tánger. Esperaron a que Boutet hiciese su entrega de diamantes, y cuando supieron que adquiriría pasaje de vuelta para Tánger, decidieron dejarlo marchar. Nos avisaron a Pierre y a mí para que vigilásemos a Boutet en Tánger, y ya sabe usted lo que ha pasado.

—Sí... ¿Qué ha pasado con mis contactos de París?

—Creo que han sido detenidos. Lo cual quiere decir —se animó un poco la expresión de la muchacha— que muy pronto vendrán más hombres del SDECE a por usted.

—¿Sí? ¿Y cómo me encontrarán?

—Sus contactos de París le habrán delatado. No es usted el único que puede persuadir a las personas para que hablen.

—Ya. Pero, señorita Quidet, sepa usted que mis contactos de París no me conocen. Conocen solamente a Boutet. Así que sus amigos del SDECE están más o menos como antes, con la pequeña diferencia de que han eliminado mi base de envíos en París y se han quedado una pequeña partida de diamantes. Por lo demás, puedo perfectamente seguir operando. A menos —miró de pronto el marroquí a Tony Mason— que usted me haya engañado y hayan más hombres del SDECE en Tánger y sepan a qué atenerse.

—Éste es inglés —dijo el pelirrojo.

El marroquí volvió a alzar las cejas, mirando de nuevo a Miléne Quidet.

—¿Fue usted al puerto en busca de un inglés? —se asombró.

—Ya le he dicho que no conozco a este hombre.

—Pero lo fue a buscar al puerto, ¿no?

—No. Buscaba a otro, pero no le conocía...

—¡Está mintiendo! —exclamó Tony—. ¡Ya lo creo que lo conocía, porque me preguntó si era yo! Me preguntó si era un tal Archibald no sé qué, y si era del no sé qué británico...

¡Del MI 6!

—¿Un contraespía británico? —susurró el marroquí—. ¿Buscaba

usted a un contraespía británico, señorita Quidet? ¿Por qué?

—Me habían dicho que había uno en el puerto llamado Archibald Brambury...

—¡Eso es! —exclamó Tony—. ¡Ése es el nombre que dijo..., creo! Algo así. Pero, maldita sea, ¿por qué tuvo usted que buscarlo en mi lancha, señorita Quidet?

—Me dijeron que un agente británico podría ayudarnos a Pierre y a mí si en un momento dado nos encontrábamos en apuros por falta de personal o cualquier otro motivo. Y como yo estaba huyendo, fui hacia el puerto en busca del agente inglés.

—¡Pero se metió usted en mi lancha!

—Me dijeron que el agente británico tenía una lancha con el nombre de Bistro, así que cuando vi la lancha llamada así, salté a ella.

—¿Se refiere usted a mi lancha? —bramó Tony.

—Claro. Al ver el nombre de...

—¡Mi lancha se llama Bijoux, no Bistro! —Tony Mason estaba tan rojo de ira que su rostro parecía a punto de reventar—. ¡Maldición, no sabe usted ni leer un nombre escrito en francés, y es francesa! ¡Bijoux, no Bistro! ¡Váyase al demonio, cretina!

—Haga el favor de no gritar —pidió secamente el marroquí—. ¿Quién es usted?

—Tony Mason, ya se lo he dicho al cabeza de panocha.

El pelirrojo sonrió no menos secamente que el marroquí.

—Es evidente que el señor Mason tiene un genio pésimo, Hassan. Me pregunto qué vamos a hacer con él.

—¿Cómo que qué van a hacer conmigo? —jadeó Tony—. ¡El trato fue que me dejarían marchar si no tenía nada que ver con esto! ¿Y acaso no ha quedado bien demostrado que no tengo nada que ver?

El pelirrojo encogió los hombros. El marroquí llamado Hassan estaba pensativo, mientras sus hombres apuntaban al irritado Tony con sus armas. Por fin, Hassan alzó la cabeza, y miró a Miléne Quidet.

—¿Dice usted que hay un británico en Tánger que también se ocupa de este asunto, señorita Quidet?

—Sí.

—¿Eso quiere decir que también en Londres —palideció

ligeramente Hassan— han descubierto a mis contactos?

—Sí. Los están vigilando.

El pelirrojo palideció, y lanzó una exclamación, pero Hassan le impuso silencio con un gesto.

—Entonces, ese británico no está solo, ¿verdad?

—No lo sé. Sólo me dijeron su nombre —miró Miléne rencorosamente a Tony— y el de su lancha.

—Según entiendo, las cosas se están poniendo muy mal para mí, ya que tanto en París como en Londres han descubierto a mis contactos. Y no cabe duda de que han podido saber que los diamantes que esos contactos reciben proceden de Tánger. Así pues, el SDECE los envió a usted y a su compañero —señaló el cadáver a sus pies—, y el MI 6 envió a ese Archibald Brambury para que investigasen aquí. Pero me, pregunto por qué no se pusieron de acuerdo ingleses y afranceses, señorita Quidet.

—A esa pregunta no sé qué contestarle.

—Claro. Usted, simplemente, obedece órdenes. Los manejos de sus directivos no son cosas de ustedes, los agentes. Está bien... ¿Sabe que me han puesto en un verdadero aprieto? Claro que sabiendo que mis contactos de París han sido detenidos y que los de Londres están vigilados, tomaré las medidas oportunas, pero... Sí, me han metido en un grave apuro, al inutilizar mis bases de recogida de diamantes en Londres y París. No me va a ser fácil organizar unas nuevas, francamente. Y claro, si las bases han sido localizadas, el sistema de envíos también debe ser conocido, ¿verdad?

—Sí —murmuró Miléne.

Hassan movió la cabeza, en verdad molesto, casi irritado.

—No tienes que preocuparte tanto —dijo el pelirrojo—. Si han descubierto esas bases de recepción, podemos organizar otras. A fin de cuentas, a nosotros no nos han localizado.

—Saben que estamos en Tánger, Crosby —recordó Hassan.

—Hay mucha gente en Tánger. Y no podemos marcharnos: es aquí donde recibimos las visitas. Movernos de Tánger en estos momentos puede significar desorganizarlo absolutamente todo. Creo que es más práctico buscar otra ruta para los diamantes.

—Hombre —intervino Tony Mason—, si ustedes pagan bien... Todos se quedaron mirándolo expectantes.

—¿Qué dice usted? —susurró Hassan.

—Digo que ya he oído lo suficiente para saber que quizá el negocio me interese. Con una buena participación, claro está.

Hassan le miró con expresión irónica.

—Es usted un sujeto muy peculiar, señor Mason.

—Quizá. Pero tengo una lancha, y un canal infalible para hacer llegar mis chucherías a Madrid, París, Londres...

—¿Chucherías? ¿A qué se refiere?

—Oh, pequeñas cosas: relojes, transistores, cámaras fotográficas, a veces algo de droga... Lo que se puede.

—¿Es usted un contrabandista? —se sorprendió Crosby.

—No, hombre: soy representante del Partido de Jovencitas Virginales del norte de África.

Crosby frunció el ceño. Pero Hassan comenzó a sonreír.

—¿Y cuál es su canal, señor Mason? —se interesó.

—¿De verdad quiere que se lo diga?

—De verdad.

—Pues siga sentado, amigo, porque de lo contrario se va a cansar mucho. Y no me venga con el cuento de que me va a cortar esto o aquello, porque a mí no me impresiona.

—Puedo cortarle algo más que las orejas —sonrió Hassan—. Ya me entiende usted, ¿verdad?

—Hombre... —Palideció Tony Mason.

—Yo creo que eso le ha hecho cambiar de postura, señor Mason. ¿Cuál es su canal de envíos?

—Gibraltar —masculló Mason—. De allí, a Madrid. El excedente va a Bilbao, o en ocasiones a San Sebastián, y de aquí, en pesqueros, parten hacia El Havre y Plymouth. Pero no han de llegar allí, pues hay gente que recoge los paquetes en el mar.

—¿Está hablando en serio?

—Sí.

—¿Y gana usted dinero con eso?

—Miserias. Si no fuese por las drogas... Pero voy tirando. Y no voy a ponerme ahora a trabajar de botones en un hotel, ¿verdad?

—¿No está usted diciendo todo esto porque espera engañarme y así vivir unos cuantos días más?

—Con tal de vivir —refunfuñó Tony—, engañaría hasta a mi madre, pero lo que le he dicho es la verdad. Y si se lo he dicho es

porque he comprendido que usted es un sinvergüenza como yo..., sólo que de más categoría.

—Supongo que eso es una amabilidad por su parte. ¿Alguien le echará de menos en Tánger?

—Hombre, siempre se tienen amigos...

—Pero si durante tres o cuatro días usted no viese a sus amigos..., ¿comenzarían a buscarle?

—Claro que no. Ya saben que no es fácil dar conmigo en un sitio fijo.

—¿Cuánto querría usted ganar conmigo, en este asunto?

—No sé.

—¿Mil dólares por envío?

—No me pague usted tanto, querido —gruñó Tony—: podría dedicarme a la dulce vida para siempre.

—¿Dos mil? —rió Hassan.

—Yo creo que lo mejor sería establecer un porcentaje. A fin de cuentas, le estoy sacando de un apuro, ¿no?

—¿Verdaderamente podría usted colocarme envíos de diamantes en París y Londres?

—Si me lo dejan hacer a mi manera, sí.

—Supongo que no vas a hacerle caso —intervino Crosby.

Hassan Mandel se pasó una mano por sus negrísimos, ondulados y bien cuidados cabellos, y frunció el ceño. Luego, sin haber dicho una sola palabra, se puso en pie y fue hacia una puerta que había a la izquierda del salón, haciendo una seña a Boutet y Crosby, que salieron tras él.

La puerta daba a un pequeño despacho, y Hassan la cerró cuando el francés y el inglés hubieron entrado.

—Yo estoy de acuerdo con Crosby —dijo en seguida Boutet—. No me fío de ese sujeto: quizá sea en realidad el agente del MI6 que la chica andaba buscando por el muelle.

—He pensado en eso —admitió Hassan—. Pero quiero estar muy seguro de las cosas. No pienso correr riesgos, pero tampoco perder la oportunidad de reanudar los envíos de diamantes como si nada hubiera ocurrido.

—Es una locura confiar en ese tipo —insistió Crosby.

—No vamos a confiar en él sin antes aseguramos —insistió a su vez Hassan Mandel—. Después de lo que nos ha explicado esa

mujer, tengo que asegurarme de que todo se ha echado a perder en París y Londres, así que voy a ver si consigo llegar a tiempo al vuelo de Iberia que sale para Madrid a las once y media. —Miró su reloj—. De Madrid iré a París, y de aquí a Londres. Sólo tengo que llamar por teléfono, y sabré si nos han desorganizado o esa chica ha soltado un montón de mentiras... ¿Qué ibas a decir?

Crosby movió negativamente la cabeza.

—Iba a decir que podías llamar desde aquí, pero no conviene: si en los teléfonos de París y Londres están los del SDECE y los del MI6, podrían localizar nuestro teléfono de Tánger.

—Exactamente. Voy a hacer ese viaje lo más rápidamente que pueda. Espero estar de vuelta dentro de tres días, quizá cuatro... Y para entonces sabré algo más de ese Tony Mason. Contrataré a un detective privado en Londres.

—¿Para qué tanta molestia? —Gruñó Boutet—. Ese tipo no vale la pena, Hassan.

—Al parecer, estás olvidando que muy pronto vendrán los negros, con otra partida de diamantes. Y se están impacientando: quieren ya su arma especial. Por otro lado, los de Suiza tienen que recibir la última parte, para acabar de pagar los prototipos, ingresar el resto en la banca Swarchz y venir a Tánger con los prototipos, para que nosotros cumplamos nuestro compromiso con los negros. No quiero bromas con esa gente, Boutet: ellos sí nos conocen, y si llegasen a creer que intentamos engañarlos, nos descuartizarían. De modo que si todo está como parece, utilizaremos a ese Mason.

—Hay una cosa que me tiene preocupado —deslizó Crosby—. ¿Por qué intervienen en esto el MI6 y el SDECE, que son organismos de espionaje? Lo normal sería que a unos contrabandistas de diamantes los buscase la Interpol, por ejemplo, no unos contraespías. ¿No te parece?

—Sí. Pero olvidas un detalle, Crosby: si nuestros contactos de París han sido detenidos, y los de Londres están vigilados, significa que alguien en París nos ha traicionado. Con lo que queda explicado que nos hayan descubierto y que sepan o al menos sospechen que detrás de este contrabando hay algo más. Por eso intervienen el SDECE y el MI6.

—Maldita sea... ¡Y menos mal que ni los de París ni los de Londres nos conocen personalmente, ni saben nuestra dirección en

Tánger! Boutet y yo siempre hemos tenido mucho cuidado en los viajes.

—De todos modos, mucho cuidado durante mi ausencia. La desaparición de la muchacha y de su compañero va a movilizar a todo el servicio secreto francés en el norte de África. Mucho cuidado.

—No te preocupes. ¿Matamos a la muchacha?

—Sí. A ella, sí. Volvamos allá.

Regresaron al salón. Tony Mason miró inmediatamente la expresión de Hassan Mandel, y comprendió que por el momento iba a conservar el pellejo sobre sus abultados músculos. Mandel se sentó de nuevo en el sofá, y le miró amablemente.

—Voy a pedirle un poco de tiempo para estudiar su oferta, señor Mason. Mientras tanto, tengo que hacer un viaje, así que espero que acepte usted permanecer aquí como invitado.

—Entiendo —sonrió de lado Tony—. Bueno, contando con su benevolencia, espero pasarlo bastante bien estos días.

—¿Qué quiere decir?

Tony señaló con el pulgar a Miléne Quidet, y guiñó un ojo.

—Como supongo que ella no les sirve de nada, espero que me la regale. Desde que le eché el ojo encima pensé en una cosa que ahora voy a poder tenerla. ¿Usted comprende?

—Oiga, Mason... —empezó Crosby.

—¿Por qué no? —cortó sonriendo ampliamente Hassan Mandel—. Espero que se divierta usted con su muñeca, señor Mason.

—Seguro que sí. Y ella también se va a divertir. Porque tiene que elegir entre divertirse o que la tire al mar con una cadena colocada como bufanda. ¿Puedo hacer eso si la nena se pone tonta?

—Yo creo. —Hassan miró inexpresivamente a Miléne Quidet— que la señorita ha demostrado ya que es inteligente, y que prefiere hacer las cosas por las buenas. Y por otra parte, tengo la seguridad de que usted sabe perfectamente cómo tratar a las mujeres. Bien —se puso en pie—: hasta la vuelta...

—No se dé prisa. ¿Qué hago yo ahora?

Hassan Mandel quedó un momento pensativo. Luego, señaló el cadáver del agente francés.

—Llévese a este hombre mar adentro con su lancha y tírelo al fondo, con algo que le impida volver a la superficie. —Señaló a dos

de los árabes armados—. Muslim y Turuk irán con usted.

—¿Y luego?

—Luego, señor Mason, dedíquese a jugar con su muñeca y no se complique la vida. Si cuando vuelva decido conservarlo a mi lado, todo irá bien para usted. Si no, le cortaremos el cuello.

—Pues no es un gran futuro, que digamos.

Hassan Mandel encogió los hombros, y salió del salón hacia el vestíbulo. Crosby señaló el cadáver, mirando a Mason, que asintió con un gesto. Se cargó el ensangrentado cuerpo como si pesase lo mismo que una cerilla y se dirigió hacia la puerta, seguido de los dos árabes, uno empuñando una pistola y el otro la metralleta.

Cinco minutos más tarde llegaban a la lancha. Tony tiró el cadáver a la cubierta, se puso a los mandos y zarpó. No tuvieron que navegar mucho, porque el árabe de la metralleta, tan sólo seis o siete minutos más tarde, le tocó en un hombro.

—Aquí está bien —dijo en buen francés—: hay suficiente profundidad.

Tony paró el motor, sin replicar. Encontró un viejo anclote, que colgó de los pies de Pierre Mounier por medio de una cuerda, y sin más complicaciones ni miramientos, lo tiró al agua. El cadáver se hundió rápidamente, y siempre en silencio, Tony Mason volvió a los mandos, y emprendió el regreso.

El coche que había visto antes ya no estaba. O sea, que Hassan se había marchado. Cuando entró en el salón, nada había cambiado allí. Es decir, sí: las manchas de sangre de la alfombra habían desaparecido. La morena de los hermosos ojos estaba sentada en el sofá, muy pálida, como una estatua, tal era su inmovilidad. Turuk y Muslim se acercaron a los otros dos árabes, y comenzaron a conversar en susurros, en su idioma. Crosby y Boutet, que estaba bebiendo *whisky*, miraron con cierto recelo al británico.

—¿Quiere un trago, Mason?

—¡Hombre, buena idea! Se lo agradezco, Crosby.

—Al fin y al cabo, somos compatriotas —sonrió el pelirrojo—. Y hasta es posible que pronto nos encontremos trabajando juntos.

—Me gustaría. —Tony alargó la mano hacia el vaso—. La verdad es que me gusta más trabajar solo, pero ya he comprendido que por ese camino no me voy a hacer rico. Y quizá tenga más posibilidades con ustedes, ¿no?

—Si realmente dispone de medios para hacer llegar paquetes de diamantes a Londres y París, sí.

—Bueno. —Tony Mason alzó su vaso—: brindo por mi cercana opulencia. ¿Qué les parece? —Quedó perplejo de pronto—. Empiezo repartiendo unos cuantos tortazos y me encuentro ahora con que estoy en el buen camino, junto a los mismos hombres a los que he aporreado. ¿No es la vida algo en verdad sorprendente? Nunca sabe uno... ¿Qué pasa ahora?

Muslim se había acercado a Crosby, le hizo una seña y se puso a musitarle al oído. Crosby asintió, y volvió junto a Boutet y Mason.

—Una pequeña comprobación por parte de Muslim: en efecto, la lancha de usted lleva el nombre de Bijoux, no el de Bistro.

Tony Mason frunció el ceño. Pero acabó por sonreír.

—Ya sé que no confían en mí —dijo—. Pero es natural, así que no tengo por qué molestarme. Nos iremos haciendo amigos poco a poco, espero. —Se volvió hacia la muchacha—. Eh, chica, tú, Miléne, amor mío: ¿quieres un trago?

Miléne Quidet se quedó mirándolo fijamente, sin contestar. Tony frunció el ceño, se acercó a ella, y le tendió el vaso.

—Bebe.

—No, gracias.

—Bebe, o te parto la cara.

—No me viene de gusto...

¡Plaf!, restalló la tremenda bofetada, en la mejilla derecha de Miléne, propinada por la manaza izquierda de Tony Mason. La muchacha salió despedida hacia el extremo del sofá, y cayó de costado. Mason la asió por las ropas, y la sentó bien de un tirón, volviendo a colocar ante ella el vaso de *whisky*.

—Bebe.

Miléne Quidet tenía los ojos llenos de lágrimas. Agarró el vaso, y bebió un trago. Después de tragar, cerró los ojos. Las lágrimas de dolor se desprendieron de sus párpados, y rodaron por las mejillas hacia las comisuras de la boca.

—No eres muy lista, nena —dijo Tony—. Deberías haberlo comprendido ya: mientras te portes bien conmigo, estarás viva. Si me fastidias, ya sabes, te pongo una cadena como bufanda y te vas al fondo del mar, a hacerle una visita a tu amigo Pierre. Conque ve pensándolo mientras yo me tomo un par de *whiskys*.

Diez minutos más tarde, tras departir con Boutet y Crosby, a los que describió el esquema de su canal de envíos, Tony Mason, con tres *whiskys* en el estómago, volvió a colocarse delante de Miléne Quidet, y colocó sus manazas en la cintura.

—¿Qué, nena? ¿Lo has pensado bien?

—Sí —musitó Miléne.

—¿Y...?

—Quiero vivir, sea como sea.

Mason la agarró de un brazo, la puso en pie y le pasó un brazo por los hombros. Se volvió hacia Crosby y Boutet, y guiñó un ojo.

—Hemos quedado que la segunda puerta a la izquierda, ¿no?

—Sí.

—Bien. Pues... buenas noches a todos.

Salíó del salón siempre rodeando con un brazo los hombros de Miléne Quidet. Uno de los árabes fue hacia la puerta, y se asomó discretamente. Poco después, miró a Crosby.

—Sí, han subido —dijo.

—Dos de vosotros haréis guardia esta noche, por si ese tío listo quisiera escapar. Ya sé que es una molestia, pero hay que hacerlo. Si resulta que Mason dispone de un canal como el que nos ha descrito, hay que estar a bien con él, pues nos soluciona el problema hasta la fase final del asunto.

—¿Y si durante la noche él y la chica quisieran marcharse? —preguntó Ahmed.

—En ese caso, matadlos a los dos y vais a tirarlos al mar, con el otro. Pero mientras tanto, nada de molestar a Mason en ningún sentido. Espero que esto quede bien claro.

Todos asintieron con gestos. Boutet musitó, mirando hacia la puerta:

—Es un hombre brutal. No quisiera estar en el pellejo de esa chica.

—Vamos, vamos —sonrió Crosby, haciéndole una seña hacia los cuatro marroquíes—. No creo que con Mason lo pase peor de lo que lo habría pasado con otros. En cierto modo, esa muchacha ha tenido suerte. Y si lo dudas, podemos ir a convencernos de ello.

Boutet sonrió maliciosamente. Acabó su *whisky*, y tras una significativa mirada a Crosby, fue hacia la puerta...

CAPÍTULO III

Tony Mason cerró la puerta de la habitación, echó un vistazo circular por ésta y puso cara de asombro.

—¿Qué te parece? —Miró a la muchacha—. ¿Quién había de decirme a mí que hoy dormiría en un lugar tan elegante? Oye, ¿te has quedado muda después de contarle tantas cosas a Hassan?

—No.

—Eres una lengua larga, ¿sabes? Y cuando se habla tanto como lo hiciste tú, siempre se dicen cosas que no convendría decir. No sé si me explico, encanto.

Miléne Quidet alzó la mirada hacia Tony Mason. Luego, miró hacia la puerta, y después sus ojos giraron en veloz vistazo circular. Finalmente, dijo:

—Supongo que le parezco cobarde, pero ya veríamos qué habría hecho usted en mi lugar.

—Seguramente, lo mismo que tú —admitió Tony—. A fin de cuentas, lo que importa es la vida. Y en una profesión como la tuya, hay que saber amoldarse a las circunstancias.

—Señor Mason —la muchacha miró alrededor, como temiendo que la estuviesen escuchando—. ¿De verdad es usted un contrabandista?

—¡Bah! Un pez muy chiquitín en estos negocios..., pero sí, sólo se me puede llamar contrabandista. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensando... Bueno...

Tony Mason se había quitado el chaquetón, acabó de quitarse el jersey de hilo, y se acercó a la muchacha. Con el brazo izquierdo le rodeó la cintura, y la atrajo hacia su velludo pecho. Con la mano derecha le dio un pellizco en la barbilla.

—No te detengas: cuéntale tus cosas a tu amorcito.

—Estaba pensando que... que quizá usted ha dicho todo eso para engañarlos, y que podríamos intentar escapar los dos juntos.

—Feliz idea. ¿Y dejar escapar así el negocio de mi vida?

—Usted no sabe con qué clase de gente está tratando, señor Mason... Son capaces de todo.

—¿Qué es todo?

—Todo lo malo que se pueda usted imaginar.

Tony dejó de pellizcarle la barbilla para rascarse la nuca. Y mientras se rascaba, pensaba. Luego, se dirigió hacia uno de los sillones, sin soltar la cintura de Miléne. Se sentó, la sentó a ella en sus rodillas y le dio una palmadita en cada una.

—Querida mía —dijo amablemente—, voy a explicarte mis puntos de vista sobre la vida y el contrabando. Empezaré por decirte que, en general, si se me trata bien, soy una buena persona. Buena, en el sentido de que no me gusta matar a nadie porque sí. Lo encuentro muy... muy basto, ¿comprendes? Al fin y al cabo, cualquiera es capaz de matar. Sólo hay que apretar un gatillo, y ya está. Para hacer eso no hace falta valor, ni inteligencia, ni astucia, ni nada de nada. A menos que matar sea cuestión de supervivencia, prefiero evitarlo, de veras. Pero el contrabando es diferente. Dime una cosa: ¿a quién perjudico yo haciendo contrabando?

—No sé... A muchas personas.

—¿A muchas personas? Caramba... ¿A qué personas?

—Supongo que al Gobierno del país donde se realice el contrabando... ¿No?

—Exacto. Solamente al Gobierno. Y ahora, otra pregunta, primor: ¿quién es más rico, el Gobierno de cualquier país o el pobre desdichado que se las arregla para comprar de contrabando un reloj por quinientos francos, y que comprado legalmente le costaría mil francos?

—Supongo que es más rico el Gobierno.

—Puedes estar segura de que sí. Pero sigamos: con mis contrabandos, ¿a quién perjudico, al Gobierno o al sufrido ciudadano que de otro modo pagaría quinientos francos de más por el reloj..., quinientos francos que irían a parar a las arcas del Gobierno..., arcas que ya deben estar rebosando?

—Perjudica al Gobierno, claro...

—Y beneficio al ciudadano, ¿no es así?

—Sí... Sí, sí.

—Luego yo soy un bandido generoso una especie de Robin Hood, ¿no te parece? Robo al rico para beneficiar al pobre.

Miléne Quidet contemplaba estupefacta a Tony Mason.

—Es una manera muy curiosa de ver las cosas, señor Mason.

—Puede que sea curiosa, pero acertada. ¿Me das un besito?

Miléne se mordió los labios, y quedó así, inmóvil. Mason sonrió, y le dio una palmadita en la cadera, con la mano que pasaba al otro lado de la cintura de la muchacha.

—Vamos, no seas tímida, mi amor. Tienes que entenderlo: mientras yo esté contento de ti, estarás viva. Y si estoy muy muy muy contento, le pediré a Hassan que me permita conservarte durante una buena temporada...

—¿No piensa ayudarme a escapar?

—Lo siento, nena, pero no. Esos tipos de ahí fuera no me creen, no confían en mí, pero ya irán confiando. A mí me conviene realmente el asunto, así que si Hassan cumple, yo trabajaré fielmente para él, y espero hacerme rico en poco tiempo. Se acabó contrabandear con chucherías. ¡Ahora, nada menos que diamantes! ¿Crees que soy tan tonto como para desaprovechar esta ocasión?

—Mi servicio, o el MI6, acabarán por encontrarlos.

—Quizá. Pero mientras tanto, iré llenando mis bolsillos. Y a lo mejor, cuando tus amigos o los ingleses consigan una pista buena hacia Hassan y nosotros, ya nos hemos retirado, y no nos encuentran ni con radar. Vamos, sé inteligente. ¿Un besito para Tony?

Miléne tragó saliva. Luego, acercó su rostro al de Mason, y le besó en una mejilla. Tony Mason la miró con el ceño fruncido.

—¿Pretendes burlarte de mí? —masculló—. ¿Cuántos años crees que tengo? ¿Siete?

—Señor Mason, por favor...

—En primer lugar, olvida eso de «señor Mason»: me estás poniendo nervioso. Así que llámame Tony, a secas. Y en segundo lugar, decídetes de una vez: o conmigo, o con los marroquíes y luego de cabeza al mar. Piénsalo... durante cinco segundos.

Miléne lo contemplaba con los ojos muy abiertos. De pronto, los cerró, volvió a inclinarse, y besó a Tony Mason en los labios. El contrabandista rodeó su cintura con ambos brazos, con fuerza... Un

par de minutos más tarde, apartó su boca de la de la muchacha.

—¿Prefieres que apague la luz? —susurró.

—Sí... —gimió Miléne Quidet—. Sí, sí... ¡Oh, Dios mío!...

* * *

Boutet soltó un refunfuño, y se apartó de la pared, dejando libre la ranura por la que había estado mirando al interior del cuarto contigo.

—Ese idiota ha apagado la luz —masculló.

Crosby miró por la ranura, y, efectivamente, no vio nada. Todo era oscuridad. Por el otro lado, la ranura no podía verse a menos que se realizase un examen muy minucioso de uno de los cuadros, en el cual se había practicado.

—Bueno —se apartó Crosby, resignándose—, se acabó el espectáculo.

—¿Se acabó? ¡Sólo había hecho que empezar!

—No te lo tomes así —sonrió Crosby—. Nosotros no somos marroquíes, hombre. Deja tranquilo a Mason... Al menos sabemos que está siendo sincero con nosotros. Ha hablado bien claro con la chica. De todos modos, no dejaremos de vigilarle, hasta que regrese Hassan. ¿Vamos a echar un vistazo abajo?

Boutet volvió a mirar por la ranura, pero no había nada que hacer: la luz seguía apagada, y era poco probable que la encendiesen. Refunfuñando, se apartó de la pared, caminando hacia la puerta. Crosby colocó delante de la ranura el cuadro que la ocultaba, y fue también hacia la puerta.

—Puesto que no se trata de proporcionarles material, podemos bajar por la cocina —dijo.

Bajaron a la planta, y fueron a la cocina. Al fondo había otra puerta que Boutet abrió. Cuando la casa fue construida, aquella puerta daba a un patio trasero, pero Hassan lo había cubierto, de modo que era una habitación más. De este modo, quedaba oculto el agujero descendente, que, además, había sido cubierto por una trampilla de metal recubierta en su parte exterior por tierra adherida. Muchos años atrás, aquello había sido una despensa en su primera sección, y una cuadra hacia el fondo. A la cuadra se bajaba desde el exterior, por una entrada alejada de la casa, pero esa entrada había sido cegada completamente, de modo que para entrar

en la despensa y llegar luego a las cuadras, sólo se podía conseguir por aquella entrada. Eso, en cuanto a tierra firme se refería.

Bajaron los escalones tras encender la luz, recorrieron la despensa, cuyos estantes estaban cubiertos de polvo, y caminaron hacia la puerta, también metálica, del fondo. Antes de llegar a esta puerta, a la derecha yendo hacia ella, había un hueco en la pared de oscuros ladrillos. Un hueco negro, que parecía no tener fondo. Respecto a aquel hueco, Crosby tenía una extraña diversión: siempre se asomaba, se ponía una mano detrás de una oreja, y escuchaba atentamente hasta oír el lejano rumor del mar.

—Es como ponerse una caracola en la oreja —decía.

Mientras Boutet llamaba a la puerta metálica del fondo, Crosby se colocó una mano tras una oreja, y escuchó... Como de muy lejos, oyó el rumor del mar, ese susurro inimitable del agua deslizándose contra las rocas...

—Es como ponerse una caracola en la oreja —dijo.

Se volvió hacia la puerta metálica cuando la oyó abrirse. Boutet entró, y él lo hizo detrás. El hombre que había abierto la puerta llevaba una bata blanca, que parecía muy adecuada al lugar: un laboratorio. Un laboratorio de unos quince metros de fondo y ocho de anchura donde años antes había habido una cuadra. Mucho tiempo antes. Ahora, las paredes habían sido revestidas de ladrillos, y luego pintadas de blanco. Un lugar limpio y bien acondicionado, lleno de aparatos de todas clases, desde probetas a pequeños transformadores, alambiques, retortas, un pequeño horno para fundición, paneles eléctricos...

Además del hombre que había abierto la puerta, había tres más, que miraron un instante a Crosby y Boutet y continuaron trabajando. Los dos se dirigieron hacia el hombre de más edad, con barba y lentes de gruesos cristales, tras los que se veían sus ojos empequeñecidos. El barbudo personaje estaba observando un proceso de electrólisis, y no hizo el menor caso a los dos hombres que se colocaron a su lado. Salvo los sonidos producidos por los diferentes trabajos, el silencio era total allí, pues el renovador de aire había sido instalado al fondo de un largo agujero que conducía directamente al pasillo subterráneo por el que se oía el mar.

—Hassan se ha marchado —dijo de pronto Crosby—. Estamos teniendo algunas dificultades, Von Kaster.

El miope de las barbas lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué clase de dificultades?

—El SDECE y el MIÓ.

—¿Nos han descubierto? —Palideció el barbudo Von Kaster.

—No, pero nos han complicado la vida: nuestros contactos de París y Londres han sido descubiertos. Los de Londres están bajo vigilancia. Los de París han sido detenidos.

—¿Y los de Suiza? —exclamó Von Kaster.

—Esos siguen funcionando. Pero no podrán hacerlo si dejan de recibir vía París y Londres los diamantes, para pagar al industrial que está fabricando el proyector... Por otro lado, si no se pueden hacer circular los diamantes hacia París y Londres, no será posible ingresarle a usted su parte en la banca Swarchz, que estamos esperando un día de éstos.

Von Kaster se quedó mirando fijamente a Crosby. Sus ojos parecían dos puntas de alfiler al rojo vivo, capaces de penetrar hasta el cerebro del inglés.

—¿Qué está tratando de decirme con todo eso, Crosby? —musitó.

—No se ponga nervioso. Solo...

—Un momento —cortó secamente el alemán—. Yo no me pongo nervioso fácilmente; pero quiero saber qué está tratando de decirme exactamente. Hicimos un trato con Hassan Mandel y ustedes, ¿no es así?

—Sí, señor. Solo...

—Mis colaboradores y yo aceptamos sus condiciones.

Tanto para el grupo de ustedes como para nosotros cuatro, el arreglo fue interesante, conveniente. Y nosotros estamos cumpliendo.

—Sólo se trata de subsanar pequeños inconvenientes —dijo Boutet—. Hassan lo está intentando.

—¿Lo está intentando? Veamos: el acuerdo fue que ustedes pondrían el local —señaló a su alrededor— y nos proporcionarían el dinero para todas las instalaciones. Esa parte la cumplieron, y nosotros llevamos mucho tiempo encerrados aquí como bestias, trabajando sin descanso, así que muy pronto estará todo terminado... por nuestra parte. ¿Van a decirnos ahora que ustedes no pueden cumplir la suya?

Los otros tres hombres ataviados con batas blancas se habían acercado, y escuchaban en silencio, sombríos. Von Kaster tenía alrededor de sesenta años. Había otro de cincuenta, y los dos restantes no debían tener mucho más de treinta y cinco.

—Ya te dije —masculló Boutet, mirando de reojo a Crosby— que no era conveniente venir a decirles nada.

—Pero ya están aquí —exclamó Von Kaster—, así que queremos que nos lo digan todo.

—Escuche, Von Kaster —apaciguó Crosby—, nosotros tenemos intención de cumplir todos nuestros compromisos. Es decir, que cuando todo esto termine, ustedes tendrán en la banca Swarchz la cantidad convenida, y se quedarán uno de los prototipos del proyector completo. Pero esos proyectores no llegarán si no solventamos esas dificultades, y yo quería que ustedes lo supiesen por si podían tener el material del laboratorio preparado de tal modo que en cualquier momento pudiese ser rápidamente retirado de aquí y embarcado hacia otro lugar. Sólo se trata de eso.

—Eso nos ocurre —intervino otro de los científicos— por no buscar unos socios más adecuados, Dieter. Debimos asociarnos con alguien que pudiese proporcionarnos también las instalaciones para la fabricación de los proyectores. Si todo lo estuviésemos haciendo nosotros, no habrían surgido complicaciones.

Von Kaster movió la cabeza.

—Ya hablamos sobre eso, Franz. Para fundir las piezas del proyector era necesaria una auténtica industria, y eso, ni nosotros ni Hassan Mandel, ni nadie, podría hacerlo sin muchísimo dinero, y sobre todo, sería imposible ocultar esas fundiciones. Había que recurrir a algún industrial ya establecido para que fabricase las piezas metálicas del proyector mientras nosotros trabajábamos en el rubí sintético, de producción mucho menos aparatosa. Era inevitable dividir el trabajo.

—Pues ahora, el industrial suizo no enviará las piezas de los prototipos de los proyectores si no se le paga, ¿no es eso? De modo que nosotros hemos estado trabajando aquí en las barritas de rubí sintético, lo hemos conseguido lodo... y los demás han fracasado.

—Nadie ha fracasado todavía —gruñó Crosby—. Nosotros estamos seguros de que Hassan vendrá con buenas noticias. Y estamos esperando también a los negros que van a traer la última

partida de diamantes, de modo que si solucionamos el problema de su envío a París y Londres, muy pronto dispondremos del dinero para ustedes en la banca Swarchz. Para ustedes y para nosotros, además de pagar al industrial suizo, es sólo cuestión de conseguir hacer ese envío, y tenemos esperanzas de conseguirlo. Pero, por si las cosas llegaban a ponerse decididamente mal, lo que yo quería decirles es que procuren tener todo esto preparado para una posible marcha urgente. ¿Está claro?

—Está muy claro —asintió Von Kaster.

—Yo creo que no debemos preocuparnos —dijo Boutet, conciliador—. Seguramente, lo arreglaremos todo bien, y dentro de poco tendremos aquí esas piezas, montaremos los proyectores, ustedes colocarán esas barritas de rubí sintético, y todo habrá terminado. Ustedes tendrán su dinero en Suiza, nosotros también, y nuestros clientes negros dispondrán de cuatro proyectores listos para funcionar. Y una vez terminado este asunto, nada nos impedirá seguir adelante y vender más armas a otros negros, o a quienes sea. A fin de cuentas, vamos a sacar al mercado mundial de armamento un arma no convencional, poderosísima, y que hasta ahora sólo la tienen los americanos, los rusos, y quizá los ingleses y uno o dos países más... Los cuales, ciertamente, no creo que las pongan a la venta. Una cosa es vender carros de combate, y otra muy diferente es vender proyectores de rayos láser... ¿Está seguro de que lo ha conseguido, Von Kaster?

—Sí. Pero la absoluta seguridad la tendremos cuando lleguen los proyectores y podamos montar toda el arma.

—Todo se conseguirá —dijo Crosby—. Lo arreglaremos como sea. Pero, por si acaso, insisto: piensen en la posible necesidad de tener que marcharnos de aquí con todo esto a toda prisa.

—Está bien —susurró Dieter von Kaster—. Nosotros estaremos preparados para todo en cualquier momento.

—Eso es lo que yo quería dejar bien claro. Sólo eso. Vale más estar prevenidos.

—Lo estaremos —gruñó Franz.

—Bien. Buenas noches.

—Adiós...

Minutos más tarde, Crosby y Boutet estaban de nuevo en el salón de la casa. Turuk y Mouza estaban sentados en el sofá,

bebiendo *whisky* a todo pasto. Boutet sonrió.

—¿Qué dirá Mahoma cuando os reciba en vuestro paraíso y os huela el aliento de *whisky*? —se interesó.

—Lo sobornaremos con una botella —rió Mouza.

Se echaron a reír los cuatro. Crosby miró su reloj.

—¿Y Ahmed y Muslim?

—Están por afuera, dando una vuelta. Nosotros nos vamos a quedar dentro de la casa para vigilar a Mason.

—Esto me parece bien —aprobó Crosby—, pero ¿qué están buscando ellos dos por ahí fuera?

—Se nos ha ocurrido que quizá Mason Sea un hombre demasiado listo para nosotros, y que quizá en todo momento ha tenido amigos cerca, que han visto lo que ha pasado, y que podrían pretender hacernos una visita esta noche.

—Bueno —encogió los hombros Crosby—, no está de más, pero Boutet y yo le hemos oído con la chica, y parece que podemos confiar con él, de momento. Se me está ocurriendo una cosa, Boutet: ¿por qué no vamos tú y yo a echar un vistazo a su lancha?

El francés encogió los hombros.

—No podemos perder nada. Hey: no os terminéis el *whisky*.

—Hay más botellas —rió Turuk.

Boutet y Crosby fueron a la lancha de Tony Mason, amarrada a un hierro clavado en la roca. Saltaron a ella, y en seguida alzaron la cabeza hacia el yate al oír allá la voz en árabe. Saludaron con el brazo al hombre que estaba en la borda.

—Somos nosotros, Sidi. Venimos a echar un vistazo a esta lancha. Tranquilo.

Tan sólo diez minutos más tarde, el registro había terminado, porque bien poco había que registrar. Salvo algunos libros, ropa, calzado, algunas provisiones, café, *whisky*, revistas, y el pasaporte de Anthony Mason, no encontraron nada digno de interés.

—¿Y qué esperábamos? —dijo Boutet—. ¿Encontrar un cargamento de relojes, o drogas? Ese tipo no debe tener un pelo de tonto.

Crosby, que estaba examinando muy atentamente el pasaporte, incluso a trasluz, todavía tardó unos segundos en contestar.

—Ni siquiera un arma. En cuanto al pasaporte, es auténtico.

—¿Estás seguro?

—Si te parece que no sé distinguir un pasaporte como el mío de una falsificación.

—Bueno —dijo Boutet—, si todo es cierto, mejor. Bien mirado, tal como están las cosas, hemos tenido suerte de tropezamos con un tipo como Mason. ¿Qué tal si vamos a dormir un poco?

CAPÍTULO IV

—¡Hola! —saludó alegremente Tony—. ¡Buenos días, caballeros! ¿Qué tal han pasado la noche?

Boutet, que estaba tomando café con lo que parecía un enorme *croissant*, lo miró por encima del vaso humeante.

—Mejor que usted —sonrió—. Por lo menos, hemos descansado más..., supongo.

—Suponen bien. —Tony se dejó caer en un sillón, y se pasó las manos por la cara—. ¡Demonios, estoy hecho polvo!

—Es fácil de comprender —sonrió Crosby—. ¿Quiere café?

—No me sentaría nada mal. ¿Tenemos algo especial que hacer durante el día de hoy?

—Por el momento, no —negó Crosby, tendiéndole un vaso con café—. Si quiere comer algo sólido, vaya a la cocina, y sírvase a su gusto.

—Lo haré. Y le voy a subir el desayuno a Miléne. —Guiñó un ojo—. Se lo merece.

¿Dónde están los marroquíes?

—Por ahí.

Tony Mason bebió un sorbo de café, mientras miraba por la ventana hacia el exterior, inundado de sol. El silencio era notable en aquel lugar.

—Sí —dijo de pronto, sonriendo—, supongo que están durmiendo en cualquier parte, después de pasar la noche en veía esperando ver si pretendía largarme. —¿Ustedes son el relevo?

—No sea tan listo, Mason —gruñó Boutet.

—Pero hombre, si es normal... Yo habría hecho lo mismo. De todos modos, les aseguro que están perdiendo el tiempo, pues no pienso separarme de ustedes hasta que sea rico. Pero si prefieren

pasar las noches despiertos, allá ustedes. ¿No hay piscina en esta casa?

—No.

—Vaya... De buena gana me daría un baño. Estos baños matutinos de primavera son los mejores. ¿Hay inconveniente en que me bañe en la playa?

—Si no se acerca a la lancha, ninguno.

—Entiendo. Me gustaría echarle un vistazo a ese yate... ¿Puedo hacerlo?

—Oiga, ¿qué demonios quiere? —farfulló Boutet.

Tony Mason lo miró con cierta ironía, pero amablemente.

—Distraerme. No querrá que me pase tres o cuatro días sentado en este sillón, ¿verdad? Estallaría como una bomba. ¿Puedo ver el yate o no?

—Ya lo verá en otra ocasión.

—Bueno: mi nena y yo nos bañaremos. Algo es algo. ¿Está prohibido tomar el sol? Calma, calma —alzó una mano con gesto de paz, sonriendo—. No les estoy tomando el pelo, demonios. Es sólo que me pregunto por qué están de tan mal humor.

—No se pase de gracioso, Mason. Ni de listo. Tony terminó su café, y asintió con la cabeza.

—Sí, quizá me pase de gracioso, pero quienes se pasan de listos son ustedes. ¿Por qué no vivir en paz y armonía? A fin de cuentas, aquí todos somos unos granujas, ¿no? Bien, creo que voy a subirle el desayuno a mi muñeca. Hasta luego.

Se puso en pie, y salió del salón. Localizó muy pronto la cocina, entró, y se dedicó a colocar alimentos en una bandeja. Calentó café mientras devoraba un montón de manzanas, y, con toda tranquilidad, fue hacia la pequeña puerta del fondo, la abrió, y echó un vistazo sorprendido. Miró hacia el techo, luego las paredes..., y pareció comprender. Cuando estaba cerrando la puerta, miró con indiferencia hacia el suelo. Se quedó un momento inmóvil. Luego, sin más, acabó de cerrar la puerta.

Cinco minutos más tarde, entraba en el dormitorio, con la bandeja en una mano, y mordiendo todavía otra manzana, que sostenía con la otra.

—Buenos días, señorita Quidet —saludó—. Hace un tiempo espléndido. ¿Le gustaría darse un b...?

Miléne Quidet no estaba en la cama. Ni en el dormitorio. ¿Conclusión? El baño. Fue hacia allá tras dejar la bandeja a los pies de la cama. Entró, y su mirada pareció chocar con la de Miléne, que, en efecto, estaba en la bañera, con agua y espuma hasta la barbilla.

—Te he subido el desayuno —sonrió Tony.

—Gracias —murmuró ella, desviando la mirada.

—Alegra esa cara... Has tenido ocasión de ver salir el sol una vez más. ¿Qué más puedes pedir?

—Supongo que poca cosa más.

—Eres inteligente, mi amor. Ah, para luego tengo un programa estupendo: nadar un rato y tomar el sol en alguna roca. Naturalmente, me concederás el placer de tu compañía.

—No tengo traje de baño.

—Puedes utilizar tu ropita interior como bañador.

Y será mejor que te lo tomes con buen ánimo, porque aparte de nadar y tomar el sol, no creo que podamos hacer otra cosa en este lugar. Por cierto que yo no le veo nada de malo a no hacer nada. El *dolce far niente*, que dicen los italianos. Procuraré que lo pases lo mejor posible.

—Eres muy amable.

—Menos de lo que mereces, muñeca mía. Pero dime una cosa: ¿no podrías sonreírme, y decirme «buenos días, Tony, mi vida»?

Miléne Quidet suspiró profundamente.

—Buenos días, Tony, mi vida —dijo.

—¿No podrías poner un poco más de entusiasmo?

—Buenos días, Tony, mi vida... ¿Está mejor así?

—Estaría mejor si esas palabras fuesen dichas con una sonrisa dulce y amorosa. Miléne sonrió dulcemente.

—Buenos días, Tony, mi vida.

—Casi perfecto —sonrió Tony—. Espero que con la práctica llegarás a la perfección absoluta. En dos o tres días no habrá quien te iguale en decir «buenos días, Tony, mi vida»...

—¿Y después de esos tres días?

Tony Mason quedó un instante pensativo, antes de murmurar:

—Después de esos tres días, supongo que Hassan regresará, y no sé qué pasará entonces. Pero tres días dan mucho de sí, muñequita. Se pueden gozar tanto y tan bien que parezca que hemos estado

viviendo no tres días, sino tres años.

* * *

Sin embargo, tres días son solamente tres días, no tres años. Y pasaron. Setenta y cuatro horas más tarde, es decir, tres días después, a las once de la mañana, Hassan Mandel regresó a su casa en cabo Espartel. Llegó solo, en el coche, que dejó ante la casa. Mouza apareció rápidamente, corriendo a su encuentro.

—¿Dónde están Boutet y Crosby? —se interesó en el acto Hassan.

—Crosby está en la casa. Boutet está en el embarcadero, vigilando a Mason y a la mujer.

—¿Vigilándolos? ¿Qué quieres decir?

—Ellos van allí cada día, a nadar y a tomar el sol. Y siempre tenemos que estar alguno de nosotros vigilando que no hagan tonterías, según dice Crosby.

—¿Acaso ha intentado algo Mason?

—No. Se lo está pasando tan ricamente, con la muchacha. No hacen más que dormir, comer y tomar el sol. También juegan al ajedrez, por las tardes. O leen. A veces pasean por el jardín, abrazados...

—¿La señorita Quidet acepta eso de buena gana?

—Lo parece. No es que esté alegre, pero se porta muy bien. Es una chica muy simpática, Hassan. Tiene un cuerpo... Bueno, nosotros la miramos mientras toma el sol, y...

—Olvida todo eso, Mouza. ¿De modo que viven juntos, pasean abrazados por el jardín, nadan?...

—Sí. Al principio ella estaba muy nerviosa, pero ahora lo acepta todo muy bien, y cuando Mason la abraza, ella también le abraza.

—¿Se abrazan delante vuestro?

—Y se besan —masculló Mouza—. Yo creo que Mason lo hace para provocarnos a nosotros.

—Bien... Eso se va a terminar muy pronto. Ve a decirles que los espero en el salón.

Poco después, cuando Hassan estaba charlando con Crosby en el salón, llegaron, procedentes del embarcadero, Boutet, Mason y Miléne. Los dos últimos, todavía con los cabellos húmedos. El vestido de la muchacha, puesto a toda prisa sobre el cuerpo mojado,

se adhería a las formas de éste, poniéndolas de relieve. Hassan Mandel las miró, fijamente, y luego miró a Tony Mason, que pasaba un brazo por la cintura de Miléne.

—Puedo pagarle veinte mil libras por su ayuda, Mason —dijo el marroquí—. Un solo pago por esta operación. Si hay más, seguiremos fijando su participación con cantidades concretas. ¿Acepta?

—Veinte mil libras es bastante para mí —murmuró Tony—. ¿Le ha ido bien el viaje?

—El viaje, sí, Pero, en efecto, mis contactos de París han sido detenidos. Los de Londres puede que estén vigilados y puede que no, pero les he advertido de esa posibilidad, y están preparando su fuga...

—Eso es una idiotez. En cuanto intenten salir del país, los ingleses los detendrán.

—Es cosa de ellos si deciden o no correr ese riesgo... ¿Por qué no me dijo que estaba fichado por la policía inglesa?

Hubo una breve crispación en la boca de Tony Mason.

—¿Se ha enterado de eso? —susurró.

—Y de otras muchas cosas. Usted, en el fondo, es un hombre de suerte. Aparte de una vida de lo más inconveniente, que dio con sus huesos en la cárcel por tres veces, la última por dos años, se metió apenas salir en el jaleo de Irlanda, vendiendo armas por allá...

—Eso no se me pudo probar —gruñó Tony.

—No. Y por eso está usted libre. Pero ahora que le conozco, yo creo que sí estuvo haciendo contrabando de armas en Irlanda. ¿Lo hizo o no?

—Ya le dije que yo no sirvo para botones de hotel —masculló Tony Mason. Hassan Mandel movió la cabeza.

—Decididamente, usted es un hombre de suerte. Y yo le necesito, Mason. Teniendo en cuenta sus antecedentes de toda clase, creo que con el tiempo podemos llegar a entendernos bien. Hay muchos negocios en perspectiva en África, hacia el centro y el Sur. Pero quiero que una cosa quede bien clara: si trabaja usted para mí, tiene que abandonar esos negocios de poca monta. No quisiera que por vender unos cientos de relojes o unos gramos de droga lo cazasen a usted y por medio de usted llegasen hasta mí. ¿Le interesa?

—Me quedan ahora apenas mil francos —dijo Mason—: si usted me va facilitando dinero hasta que cobre las veinte mil libras, estaré encantado de dejar de contrabandear tonterías.

—De acuerdo, entonces. Dentro de un par de días le daré un anticipo de cinco mil dólares, y el resto hasta las veinte mil libras, cuando yo sepa que los diamantes han llegado a mi nuevo enlace de Londres, que se encargará de venderlos allí o de enviarlos a Suiza para ser liquidados e ingresar el dinero obtenido en cierta cuenta. Quizá tengamos que hacer todo eso con mucha rapidez... ¿Usted está dispuesto para utilizar su canal de envíos?

—En cualquier momento —asintió Tony.

—¿Qué necesitará?

—Sólo mi lancha.

—Bien. Esta misma noche saldremos en mi yate hacia Rabat, donde tenemos que recoger a unas personas, a menos que antes de la noche reciba una llamada telefónica indicándome que, esas personas han llegado a Tánger por sus propios medios. Usted vendrá en ese viaje, si es que se realiza. Ahora, escuche esto con toda atención: tanto si tenemos que ir con el yate a Rabat, como si esas personas llegan por sus propios medios a Tánger y nos visitan esta misma noche, o quizá mañana, quiero que usted produzca la impresión de que hace tiempo que trabaja para mí. ¿Lo entiende?

—Sí. No quiere inquietar a esas personas, sino darles la sensación de que todo marcha sobre ruedas, como siempre, y que mi presencia sólo indica que sus... servicios han mejorado, no otra cosa.

—Exacto —aprobó con entusiasmo Hassan—. Ni que decir tiene que el MI 6 o el SDECE no deben ser ni siquiera mencionados.

—He comprendido muy bien —asintió Tony.

—Estupendo. Entonces, sólo nos queda esperar la llamada o zarpar esta noche.

—Esas personas..., ¿son las que le proporcionan los diamantes?

—Eso no es cuenta suya —saltó Boutet.

—¿Qué demonios le pasa? —Lo miró irritado Tony—. Ya soy uno de ustedes, ¿no es así? Y cuantas más cosas sepa, más produciré a esas personas la impresión de que hace tiempo que estoy trabajando para Hassan. ¿No comprende usted esto, Boutet?

—Él tiene razón —farfulló Crosby—: o trabaja con nosotros, o

no trabaja con nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo, Crosby —dijo Hassan—. Sí, esas personas son las que nos han estado trayendo partidas de diamantes, y estamos esperando la última y más importante, con cuyo importe tenemos que hacer irnos pagos en Suiza.

—Ah. ¿Y qué les damos nosotros a esas personas a cambio de sus diamantes?

—Un arma que se está fabricando parte en Suiza y parte aquí, en Tánger.

—¿Qué clase de arma y para qué la quieren?

—Yo creo —insistió Boutet— que él pregunta demasiado. ¡No tiene necesidad de saber tanto para hacer su parte, Hassan!

—Eso también es cierto —aceptó Mandel—. Oportunamente le daré datos para que trate adecuadamente a las personas que estamos esperando, Mason. Ahora, un último detalle: cuando esas personas lleguen, la señorita Quidet ya no debe estar aquí.

—¿Qué quiere decir? —Palideció Tony Mason.

—Está bien claro: deshágase de ella.

—¿Quiere que la mate? —jadeó el contrabandista.

—Si no quiere hacerlo usted, cualquiera de mis hombres se encargará de ello.

Tony Mason estuvo unos segundos inmóvil, mirando los negrísimos ojos de Hassan Mandel, el cual se esforzaba en aparecer frío, por completo indiferente. Pero Tony Mason leyó en aquellos ojos la trampa final que se le estaba tendiendo.

—Yo lo haré —musitó.

—Cuanto antes, mejor.

—Sí... Lo comprendo.

Miró a Miléne Quidet, que pese a los tres días de sol que enrojecía su piel, se veía lívida. Ella también le miró, y todos pudieron ver la súplica en sus ojos. La súplica, el miedo, el dolor..., una tristeza profunda..., que no alteró a nadie, ciertamente.

—Tony... —Apenas se oyó la voz de ella—. Tony, no, no, no, no...

—No lo hagas más difícil —dijo él, con Voz ronca—. Lo sabías desde el principio, Miléne. Has tenido tres días de vida que han sido un regalo. Todo ha terminado ahora.

—No, no... ¡Oh, Dios mío, no! ¡Me prometiste que no...!

—Estuvimos hablando de esto ayer. Te dije que haría lo posible por conseguir que Hassan me permitiera conservarte más tiempo a mi lado. ¿Quieres que se lo pida?

¿Quieres que se lo pidamos los dos? Sólo tienes que mirarlo. Mira bien los ojos de Hassan, y dime si crees que vamos a conseguir algo suplicando.

Miléne Quidet miró a los ojos a Hassan Mandel. Era una pérdida de tiempo, desde luego... No. En este caso era una ganancia de tiempo. Cualquier cosa que pudiera retrasar el momento era toda una grandiosa ganancia. Una ganancia de unos segundos más de vida, de unos minutos... Sólo eso.

De pronto, Miléne lanzó un grito, dio media vuelta y echó a correr hacia la salida del salón... No hizo mucho camino: Tony Mason saltó a su encuentro, la detuvo poniéndole una mano en el pecho y disparó el otro puño contra su barbilla. Miléne Quidet saltó hacia atrás, como una auténtica muñequita, cayó de espaldas, resbaló un poco hasta llegar a la alfombra y quedó detenida allí, como muerta.

Mouza dio un paso hacia ella, pero Tony Mason se colocó ante él de otro salto y blandió su puño ante la cara del marroquí.

—No la toques —jadeó—. ¡No la toques, o te parto la cabeza, cerdo! Mouza volvió sus enfurecidos ojos hacia Hassan, y éste alzó una mano.

—No se complique la vida, Mason. Agarre a la muchacha, mátela, y tírela al mar, en el mismo sitio donde tiró al otro. ¿Tiene en su lancha algo para lastrarla?

—Creo que tengo unas cadenas —dijo Tony, con voz velada.

—¿Qué?

—¡Que tengo unas cadenas en la lancha!

—Pues úselas. Mouza va a ir con usted.

Tony Mason se inclinó, asió a Miléne por la cintura y se la cargó en un hombro, como si fuese un largo y blando saco. Sin decir palabra, salió del salón, y Mouza salió tras él, tras mirar de nuevo a Hassan, que le hizo una señal afirmativa.

—Es una prueba muy dura —murmuró Crosby—. Mason ha terminado por enamorarse de la muchacha, Hassan.

—Eso son tonterías. Vamos al yate. Quiero ver cómo hace Mason las cosas cuando se le ordenan.

—¿Todavía no confías en él?

—Casi completamente. Pero cuando un hombre ha cometido un asesinato es siempre más fácil de manejar. Vamos al yate. Espero que Mason no vaya tan mar adentro que quede fuera del alcance de los prismáticos... Pero démosle tiempo a que zarpe con la lancha...

* * *

Tony Mason entró en el habitáculo de la lancha, y depositó a Miléne en la litera. Junto a él estaba Mouza, que le miraba con los ojos turbios, inyectados en sangre. Pero Tony no le hacía caso. Su mirada estaba fija en Miléne: en su boca, en su delicada garganta, en las manos, que él había colocado sobre el vientre...

—¿Qué está esperando? —Gruñó Mouza.

Tony le miró. Luego, sin contestar, salió a cubierta, y puso la lancha en marcha. En cinco minutos, sin prisas, llegó al lugar aproximado donde también había sido sepultado el cadáver de Pierre Mounier, el hombre del SDECE, compañero de Miléne Quidet. Detuvo el motor, y volvió al interior. Mouza, que había permanecido en la entrada a la vivienda, siempre mirando a Tony, le precedió en dirección a la muchacha, y tendió una mano hacia ella, mientras decía:

—Te ayudaré a...

—¡Te he dicho que no la toques! —gritó Tony.

Y mientras gritaba, su puño salió disparado con escalofriante potencia. La mandíbula de Mouza crujió al recibir el impacto, y el marroquí despegó sus pies del suelo, para emprender el vuelo hacia el tabique de proa, contra el cual chocó de cabeza, salió despedido y quedó tendido de bruces.

Tony Mason se acercó a Miléne, volvió a tomarla por la cintura y se la echó en un hombro...

* * *

—Ahí sale Mason con la chica —susurró Hassan.

Los veía perfectamente con los prismáticos, de gran potencia. La lancha se movía como un barquito de papel, y en la cubierta, Tony Mason, cargado con la muchacha, parecía no saber qué hacer. Por fin, la depositó cuidadosamente, y se inclinó hacia popa...

—No veo a Mouza —dijo Hassan.

—¡Ese Mason debe haberlo matado, y ahora van a escapar él y la chica! —se alarmó Boutet—. ¡Vamos a...!

—No, no. Mason no pretende escapar. Ya habría puesto la lancha de nuevo en marcha... Ah, tiene ahora una tira de cadena en las manos...

—¿Sigues sin ver a Mouza?

—Sí. No está. Algo ha pasado entre Mouza y Mason, pero no parece que Mason pretenda huir..., en cuyo caso no iría muy lejos. ¿Le vaciasteis el tanque de gasolina?

—Sí. Tiene la justa para hacer cinco o seis millas. Si intentase escapar, lo alcanzaríamos muy pronto, pues se quedaría sin combustible. La trampa ha estado tendida todo el tiempo, pero él ni siquiera se ha acercado a la lancha... ¿Qué hace ahora?

—Parece que la señorita Quidet continúa desvanecida. Sí, entiendo lo que Mason quiere hacer: matarla sin que ella se entere, sin que sufra. Le está colocando las cadenas en la cintura...

—Déjame ver a mí —pidió Boutet.

Hassan encogió los hombros, y le tendió los prismáticos. Boutet los enfocó en pocos segundos, graduándolos a su vista. En efecto, Tony Mason estaba colocando las cadenas en torno a la cintura de Miléne Quidet. Luego, arrastró a la muchacha hacia la popa...

—¿Qué hacen? —preguntó Crosby.

—La va a tirar por la popa. Los veo perfectamente. Mason la está levantando. Claro, ahora pesa mucho más por las cadenas... Pero la ha levantado. Está vacilando...

Hassan Mandel le arrebató los prismáticos y miró él. No podía distinguir bien el rostro de Tony Mason, pero sí los veía a ambos perfectamente. De pronto, Mason dejó colgar sus brazos, y el cuerpo de Miléne Quidet, rodeada su cintura de cadenas, se hundió en el agua.

—Ya la ha tirado —musitó Hassan.

Continuó mirando, Tony Mason permanecía en popa, de pie, con la cabeza inclinada, como mirando hacia el profundo fondo..., que era imposible que pudiese ver. Estuvo así casi un minuto, sin hacer el menor gesto, el menor movimiento. Luego, volvió a los mandos, y Hassan vio virar la lancha mientras describía una lenta curva, para enfilarse hacia la costa.

Bajó los prismáticos.

—Ahí viene —dijo—. Pronto sabremos lo que ha pasado con Mouza.

La lancha llegó poco después, lentamente, ya a motor parado, hasta chocar suavemente contra uno de los neumáticos colocados como amortiguador en las rocas.

Tony Mason lanzó el cabo a tierra, saltó de la lancha, y la dejó amarrada. Para entonces, Hassan, Boutet y Crosby habían bajado del yate, y se hallaban en el embarcadero, detrás de Mason, esperando.

—¿Y Mouza? —preguntó Hassan, cuando Tony se volvió.

—Ahí dentro. Ya le advertí que no la tocara.

—¿Qué ha pasado?

—Pregúnteselo a él. Yo no tengo ganas de hablar. ¿Puedo ir a emborracharme?

—Si a las cinco de la tarde va a estar sobrio, haga lo que quiera, Mason..., por esta vez.

—Váyase al demonio.

Se metió las manos en los bolsillos, y emprendió la subida de los peldaños excavados en la roca, lentamente. Boutet fue el primero en saltar a la lancha, de modo que cuando lo hicieron Hassan y Crosby, él ya entraba en la vivienda. Cuando se asomaron allí, Boutet había incorporado a Mouza, que parpadeaba al recibir los golpes en las mejillas, manoteando para impedirlos... Finalmente, se dio cuenta de lo que ocurría, y sus ojos, como enloquecidos, buscaron alrededor...

—Mason está en la casa —dijo Hassan—. ¿Qué ha pasado?

—No quería tocarla —aseguró Mouza, con voz velada—. Sólo quería ayudarla a cargársela en los hombros. Entonces él me golpeó.

—¿Te ha quitado la pistola?

Mouza respingó. Pero se tranquilizó en seguida, al palpar la pistola, que sacó.

—Aquí está.

Boutet se la quitó de la mano, retiró el cargador y lo miró atentamente. Lo encajó de nuevo en la culata, con seco golpe.

—Todo está bien —dijo.

—No está bien —farfulló Mouza—. ¡A ese maldito inglés le voy a...!

—Ya basta —cortó Hassan—. El asunto ha terminado. Miléne Quidet ha muerto, y nosotros tenemos muchas cosas importantes de qué ocuparnos. No perdáis de vista a Mason, y si se emborracha, despejadlo para que lo más tarde a las seis esté en condiciones de cualquier cosa. Eso es todo.

—Mason... ¡Mason!

CAPÍTULO V

Tendido de lado bajo la sombra de un pino, Tony Mason parecía no oír nada, ni ver nada..., a excepción de la botella de *whisky* que tenía ante él, sobre la pinocha, y a la cual le estaba hablando:

—¿... la vida? Pues yo te lo diré, amiga mía, yo te lo diré: la vida es una auténtica porquería. Porque cuando...

Crosby se acuclilló ante él, y le quitó la botella de delante.

—Mason, son las cinco. Si a las seis todavía está borracho, Hassan va a complicarle la vida a usted. Y por muy porquería que le parezca, supongo que quiere conservarla, ¿no?

Tony miró de lado a Crosby. Luego, giró, y quedó tendido de cara al cielo, hieráticos los ojos. Un cielo azul intenso, limpio, refulgente al sol de la tarde. Los claros ojos de Tony Mason parecían tomar aquel color azul, como si fuesen de cristal.

—Sí... —murmuró—. Quiero conservar la vida, pero no sé para qué, Crosby. Era tan bonita...

—Olvídela. No podíamos dejarla viva. Y, además, hay muchas mujeres en el mundo.

—Sí... Pero ella era tan bonita... Y tan dulce... Claro que yo sabía que sólo accedía a mis demandas para conservar la vida, pero aun así, era tan especialmente dulce que nunca la podré olvidar. Hace falta tener temple para eso, Crosby... Ella sabía que teníamos que matarla, y a pesar de eso, charlaba conmigo tranquilamente, me sonreía... Sí, últimamente me sonreía. Se me quedaba mirando cuando yo hablaba, y sonreía. Soy tan estúpido que hasta llegué a pensar que me estaba amando realmente, sinceramente. Pero en seguida me prevenía contra ella: cuidado, Tony, ella está haciendo su propio juego, pretende utilizarte para que la ayudes a escapar...

—Naturalmente que era eso.

—Ya lo sé. ¡Pobrecilla!... Su piel era tan fina y fresca como la seda... ¿Alguna vez ha acariciado un tejido de seda, Crosby?

—No se me ha ocurrido hacerlo —negó el pelirrojo.

—Yo sí. Una vez estuve con una pájara que usaba sábanas de seda... Era como estar dentro de una nevera, al principio, y hasta me pareció que iba a resbalar y a caerme de la cama. Pero no... La seda era fría, fina, finaaa... Así tenía la piel Miléne. Espero que no haya sufrido demasiado. Quería estrangularla, pero no pude... ¡No pude hacerlo, Crosby! Cuando toqué su garganta me entró un frío espantoso, de pronto, y supe que nunca podría matarla. Qué bonita era...

—Está borracho, Mason. Y no parece que eso le haya dado resultado.

—¿Le parezco demasiado sensible?

Crosby frunció el ceño, y estuvo unos segundos pensativo.

—No... —negó por fin—. Supongo que no es fácil hacer lo que usted ha hecho. Pero ahora ya no hay remedio. Le sugiero que se duche y tome café. No soy tan alto como usted, pero puedo prestarle alguna ropa.

—Es usted... todo un camarada... Sí, eso es: un gran camarada...

Tony Mason comenzó a ponerse en pie, y Crosby le ayudó. Ya en pie, el contrabandista de tres al cuarto sacudió la cabeza, lanzando un resoplido.

—Bien... —tartajeó—. Vamos a darnos ese baño y a tomar café. No es la primera vez que me emborracho, se lo aseguro.

—Le creo. ¿Puede caminar solo?

—Vaya que sí.

Comenzó a caminar hacia la casa, tambaleándose al principio. Se volvió a mirar el mar, que se veía abajo y lejos, por la perspectiva. Unos pasos más atrás, Crosby le observaba en silencio. Cerca de la casa, a unos cuarenta metros, Boutet también le estaba mirando, inmóvil sobre el césped. Mason alzó la mirada cuando oyó por encima suyo el graznido de una gaviota. Vio a cinco o seis que volaban pausadamente en dirección a Tánger. Suspiró profundamente, y haciendo un esfuerzo consiguió caminar en línea aceptablemente recta hacia la casa.

A las seis menos diez entraba en el salón, recién bañado, bien peinado, con unos pantalones blancos de Crosby, que casi le venían

bien, y un jersey que le estaba irremediablemente estrecho en los hombros. Pero su aspecto era agradable y limpio. Se dejó caer en un sillón, y miró a Hassan, que, sentado en otro, le observaba escrutadoramente.

—Estoy como nuevo —aseguró Tony—, no se preocupe.

—A las nueve van a venir esas personas.

—¿Esta noche? ¿Están en Tánger?

—Sí. Han llegado por sus propios medios. Van a traer los diamantes. ¿Los puede usted poner en circulación esta misma noche hacia Gibraltar?

—Desde luego. ¿Tienen que ir a París o a Londres?

—Convendría que fuesen a París, pero quiero la máxima seguridad, así que hay que enviarlos a Londres, donde tengo un nuevo contacto que se encargará de venderlos, para enviar el dinero a Suiza. Por ese lado no hay problemas. Ahora bien, quiero estar seguro de que los amigos de usted no van a hacer ninguna tontería, Mason.

—¿A qué se refiere?

—El paquete que vamos a confiarle contendrá casi un millón de libras en diamantes, considerándolos a precio de venta clandestino. Es mucho dinero, Mason.

—Yo confío en mis amigos. Pero si no va a quedar tranquilo, basta con no utilizar mis servicios.

—No tengo más remedio que utilizarlos. Puesto que ésta es la última entrega de esas personas, quieren cuanto antes su compra, así que no puedo perder tiempo. Y los industriales de Suiza no entregarán las piezas si no se hace el último pago. Una demora en este sentido nos complicaría la vida. Y le aseguro que no me gustaría enfrentarme a esos negros. Son unos bestias.

—Mucho han de serlo para que usted lo diga en ese tono. Bien..., ya le digo que yo estoy dispuesto. Ahora decida usted.

—¿Hay inconveniente en que Boutet y Mouza vayan con usted en la lancha?

—Por mí, ninguno.

—De acuerdo. Vaya ahora al yate, y pídale a Sidi unos bidones de gasolina para el viaje.

—En mi lancha hay...

—No. Le vaciamos el depósito.

Tony Mason parpadeó. Eso fue todo. Luego se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Iré a llenar el depósito y a echar un vistazo al motor. Supongo que saldremos antes de las diez.

—Alrededor de esa hora, después que yo haya examinado los diamantes... Mouza, ve a ayudar a Mason.

—¿Iremos a Tánger con la lancha o en el coche? —preguntó Tony.

—¿A Tánger? ¿Para qué?

—Tengo que llamar por teléfono a España, y supongo que no querrá que utilice el teléfono de su casa, ¿verdad? Lo mejor es que llame desde la Central de Teléfonos de Tánger, como hago siempre.

—No sabíamos que tuviese que llamar.

—Oiga, ¿cómo cree que mis amigos de Algeciras saben cuándo tienen que venir al mar a recoger mi mercancía? ¿Por telepatía? Maldita sea, estoy harto de tanta desconfianza, y si no fuese porque sé que me cortarían el cuello en el acto, los dejaba en la estacada.

—Cálmese. Boutet y Mouza irán con usted a Tánger, con el coche. Haga lo que tenga que hacer, pero quiero que todos estén aquí antes de las ocho y media.

—Descuide: no pienso perderme la contemplación de un millón de libras en diamantes. Las piedras habían crujido suavemente al ser removidas por una mano de Hassan Mandel, lanzando miles de fríos destellos a todos los rincones del salón. Llenaban una pequeña maleta forrada de terciopelo rojo, que Hassan había colocado ante la mesita baja antes de abrirla. La sensación que producían era la de un insólito fuego frío que se movía sin cesar. Un espectáculo fascinante.

Pero Tony Mason se sentía más fascinado, al parecer, por la bella muchacha negra que llevaba un sencillo vestido de color oro viejo, como empañado. Estaba sentada en una punta del sofá, sonriendo como aburrida, pero muy cortés..., excepto cuando miraba a Mason, cosa que hacía con cierto disimulo. Entonces, en los ojos de la negra parecía destellar, brevemente, una llamarada.

Había llegado a las nueve en punto, en un coche, con tres hombres también de raza negra. Dos de ellos eran jóvenes, de aspecto robusto, incluso un tanto brutal. El otro, el que había viajado en el asiento de atrás con la muchacha, debía tener no

menos de sesenta años. Sus cabellos eran completamente blancos, muy rizados, y sus ojos muy saltones. Vestía aceptablemente a la europea, y hablaba el francés de un modo bastante peculiar, pero perfectamente inteligible. Se llamaba, si Mason no había entendido mal, Jason Makingo. En cuanto a la muchacha, al parecer se llamaba Ninga, y, por ciertos detalles, Tony Mason comprendió que era la amiga de Makingo, empleando un término muy diplomático para explicar sus relaciones.

—¿Está todo a su satisfacción, Mandel? —preguntó Jason Makingo.

—Así es.

—Esperemos, pues, que pronto esté todo también a la nuestra. ¿Cuándo tendremos el lanza-láser?

Hassan Mandel dirigió una rápida mirada a Mason, que por un momento había abierto mucho los ojos. Un momento tan breve que Mandel se tranquilizó en seguida.

—No antes de cinco días, señor Makingo. Naturalmente, espero tener el placer de alojarlos en mi casa como invitados durante ese tiempo.

—Cinco días... ¡Eso es mucho tiempo!

—Hay un ciclo que debe cumplirse, señor Makingo. Por nuestra parte, no podemos ser más rápidos: los diamantes van a salir ahora mismo hacia Londres. Pasado mañana estarán allí, según esperamos. Luego han de ser vendidos o enviados directamente a otro lugar, del cual partirán los aparatos hacia Tánger. Es un proceso inevitable.

—Está bien. Por mí, no perdamos más tiempo.

Hassan cerró la maleta, y la señaló, mirando a Tony, que se adelantó, la agarró y se dirigió hacia la puerta, seguido por Mouza y Boutet...

—A ese hombre no lo habíamos visto antes —dijo Ninga, con fina voz, en francés mejor que el de Makingo, señalando la espalda de Tony Mason.

—Es uno de mis mejores contactos en Europa —dijo Hassan—. Lo he hecho venir para encargarlo expresamente de este envío, del cual se ha hecho cargo en todos sus detalles con el fin de darle la mayor urgencia posible. Se llama Tony Mason, y es un gran organizador —sonrió, tocándose la frente con un dedo—. Él sabe

pensar.

—¿Volverá dentro de cinco días?

—¿Tony? No... —rió Hassan—. No, no. Él ya ha puesto en marcha el mecanismo, así que ahora todo funcionará a la perfección mientras Tony descansa aquí unos días.

¿Quiere tomar algo, señorita Ninga?

Afuera, Tony Mason, Boutet y Mouza caminaban en silencio hacia el borde del inclinado acantilado; descendieron por los escalones de piedra, y poco después abordaban la lancha.

—¿Sabes pilotarla? —preguntó Tony a Mouza.

—Sí.

—Pues hazlo. De momento, directo hacia el Norte, como si quisieras meterte de lleno en Cádiz.

El marroquí se encargó de poner la lancha en marcha. Tony y Boutet entraron en el habitáculo, y el primero sacó de un armario algo a lo que Boutet y Crosby no habían prestado la menor atención durante su registro de noches atrás: varias bolsas de plástico, y una larga cuerda de nylon.

—Meta la maleta aquí —abrió Tony una de las bolsas.

Boutet obedeció. Luego, Tony cerró herméticamente la boca de la bolsa, utilizando la cuerda de nylon, de la que todavía sobró no menos de doce o quince metros. Era muy fina, pero por supuesto fortísima.

Sin hacer caso del francés. Tony regresó a cubierta con la bolsa. Ató el extremo libre de la cuerda de nylon a la borda, y dejó la maleta junto a aquélla. Luego se fue a los mandos, y sin más, apartó a Mouza, haciéndose cargo del rumbo.

—¿Por qué ha metido la maleta en esa bolsa? —Se colocó Boutet a su lado.

—Me he tropezado muchas veces con los guardacostas españoles, que están hasta las narices de contrabando. Lo que hago entonces es tirar mi mercancía al agua, en la bolsa, colgando de la cuerda de nylon por medio de un clavo que hay en la línea de flotación. Los españoles registran mi lancha, examinan mi pasaporte, aceptan que voy a Gibraltar por mis asuntos allá, y yo sigo mi ruta.

—¿Y luego?

—Cuando estoy cerca de la costa, me desvío hacia Algeciras,

hago contacto con unos amigos que tienen un pesquero y les entrego la mercancía. Luego les toca a ellos enviarla hacia Bilbao o San Sebastián. Y desde allí, a Londres y París. Es decir, hacia Plymouth o El Havre.

—¿Nunca le han atrapado?

—Nunca. Soy un tío de suerte, ¿verdad?

—Esperemos que no le falle precisamente hoy, Mason.

Tony encogió los hombros, y dedicó toda su atención al gobierno de la lancha. Muy pronto comenzaron a ver las luces en la costa española, y a partir de ese momento, Mason condujo paralelamente a ella...

—¿No sería mejor que apagásemos las luces de navegación? —propuso Boutet. Tony Mason volvió la cabeza, y lo miró de arriba a abajo.

—No diga estupideces. Ya nos han visto, y si apagásemos las luces caerían sobre nosotros como una bandada de tiburones.

—¿Nos han visto? ¿Cómo lo sabe?

—Lo malo de ustedes, los tíos muy listos, es que se creen que los demás son tontos. ¿Alguna vez ha tratado con los guardacostas españoles?

—No... No.

—Pues sólo puedo decirle que usted sí que es un tío de suerte. Y todos lo seremos si esta noche, o bien no nos han visto, o deciden dejamos pasar.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Algo más de una hora. Si todo va bien, podemos estar de vuelta en Tánger antes de la una de la mañana. Y oiga, hágame un favor, ¿quiere?

—Sí. ¿Cuál?

—¡Cierre la boca!

* * *

Cerca de las tres de la mañana, la lancha llegaba todavía balanceándose fuertemente al embarcadero de roca, y chocaba contra uno de los neumáticos. Tony Mason saltó rápidamente a tierra, llevando el extremo de un cabo, que amarró rápidamente a uno de los clavos. Luego, miró hacia la lancha, sonriendo secamente.

—¡Ya hemos llegado! —gritó.

No sólo estaba lloviendo, sino que el mar había comenzado a picarse apenas había iniciado el regreso. El aire frío parecía de puro hielo al penetrar en sus ropas mojadas por las salpicaduras de las olas. Al principio había parecido que Boutet y Mouza lo iban a soportar bien, pero de pronto, el marroquí se asomó a la borda y comenzó a vomitar y a implorar la misericordia de Alá, Mahoma y diversos parientes que Tony Mason, por supuesto, no conocía. Boutet no había vomitado, pero estaba más blanco que el marroquí, y cuando éste se refugió en el interior de la lancha, el francés se apresuró a seguirle. No habían vuelto a aparecer por cubierta en ningún momento.

Al aparecer ahora, sus ojos muy abiertos destacaron en la oscuridad teñida de amarillo por la luz del faro.

—¡Vamos! —Movi6 Tony un brazo—. ¡Ya estamos en casa!

Cuando llegaron a la casa, Hassan y los demás estaban todavía en el salón, adormilados. Pero se despejaron inmediatamente, al verlos aparecer, y se quedaron todos mirando a Mason, que alzó un pulgar.

—Hecho.

—¿Ninguna dificultad? —se interesó Jason Makingo.

—Ninguna. El mar comenzó a picarse, así que quizá por eso no apareció ningún guardacostas español. O quizá la lluvia les impidió ver nuestras luces. Sea como sea, todo ha ido perfectamente. Y hay una novedad —añadió, mirando a Hassan—: mis contactos han conseguido un nuevo elemento, que puede conseguir que desde Madrid o San Sebastián la mercancía viaje en una avioneta. Eso puede hacernos ganar casi un día completo.

—Estupendo —exclamó Makingo.

—Bien... —Tony dirigió una mirada de reojo a las esbeltas y sedosas piernas de Ninga, que le miraba sonriente, en silencio—. Creo que deberíamos acostarnos todos. Salvo que alguien tenga una mejor idea, naturalmente.

Nadie tuvo una idea mejor.

CAPÍTULO VI

Dos días más tarde, Tony Mason volvió la cabeza al oír su nombre procedente de los escalones de piedra. Vio a Crosby bajando hacia el embarcadero, pero encogió los hombros y continuó fumando, mirando el mar.

Crosby llegó, y se sentó junto a él, tras saludar a Sidi, que les contemplaba desde la borda del yate.

—¿Sigue pensando en ella? —se interesó Crosby.

—Déjeme en paz, Crosby.

—Como quiera. Pero no me diga que no se ha dado cuenta de cómo le mira la muchacha negra, Mason.

—Cada cual mira como puede.

—¡Vamos!... —rió Crosby—. Usted sabe perfectamente a qué me refiero, ¿no es así? Menos mal que el viejo Makingo está en las nubes, pensando solo en sus proyectos bélicos en su país.

—¿Qué país?

Crosby movió negativamente la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Adivine quién me envía a buscarle.

—Hassan.

—No: la muchachita negra. Quiere que usted la acompañe a Tánger de compras.

—Como no la acompañe su madre...

—La acompañará usted. Es una orden de Hassan... La culpa es mía, lo reconozco. La muchacha comenzó a hablar de que le gustaría ir de compras a Tánger, y yo dije que quien mejor conocía la ciudad es usted. A partir de ese momento, no ha dejado en paz a nadie hasta que ha conseguido que Makingo la autorice a ir a gastarse algo de dinero. Y como la cosa más natural del mundo, ella ha pedido que usted la lleve allá y le haga de guía.

—¿Y Hassan me permite marchar sólo con la chica? —Se pasmó Tony—. ¿Cómo es eso posible?

—Hay una razón muy poderosa para que finalmente confiemos en usted. Se ha recibido un telegrama de Londres, con una frase convenida con Hassan y su nuevo contacto que significa que éste ya ha recibido los diamantes.

—¿Ya han llegado? ¡Bien! ¡Eso ha debido ser gracias a la avioneta!... ¡Estupendo!

—Eso hemos pensado todos. Makingo está tan contento que no le importaría que la muchacha se gastase diez o veinte mil francos. ¿La va a acompañar o quiere enemistarse con la chica, Mason?

—Bueno... ¿Por qué no? —sonrió Tony.

—Pero cuidado —advirtió Crosby, alzando su dedo, mientras sonreía un tanto secamente—. Hassan no se sentiría precisamente satisfecho si usted le buscase complicaciones con Jason Makingo por culpa de una negrita. ¿Me comprende?

—Sí, hombre, sí... Y a propósito: podría aprovechar para comprarme yo también algo de ropa. Supongo que Hassan no va a negarme ahora un buen anticipo. Vamos allá.

Hassan Mandel, ciertamente, no le negó el anticipo a Tony Mason. Le entregó cinco mil francos, y quedó convenido que el día siguiente le daría otro tanto. Dos días después, cuando llegase el material de Suiza, el resto.

Eran las tres y media de la tarde cuando Tony Mason y la bella Ninga salían de la casa. Tony le abrió la portezuela a la muchacha, y luego se sentó ante el volante.

—Tomaremos el camino del Monte —dijo Tony—. ¿Le parece bien?

—Supongo que da lo mismo.

—No. En El Monte están las mejores casas de Tánger; es la zona residencial, así que resulta agradable pasar por allí. Es un sitio muy tranquilo.

—Entonces, podemos pasar por allí. ¿Se siente molesto por tener que acompañarme?

—No. Además, yo también tengo que comprarme ropa.

—Ah... Entonces podemos ir a unos grandes almacenes, y mientras usted compra sus cosas, yo compraré las mías, y luego nos encontramos.

—No —negó Tony—: aunque tardemos más, tengo órdenes de no dejarla sola en ningún momento. No queremos que pueda ocurrirle ni el más pequeño percance.

La muchacha quedó silenciosa. Tony se dedicó al volante, pensativo. Tuvieron que ascender un poco, hasta llegar a lo alto de Cabo Espartel. Luego, emprendieron el suave descenso hacia la ciudad, por la carretera poco frecuentada a aquella hora. Un día de sol deslumbrante, que atenuaba el verde de las hojas de los plátanos que flanqueaban el camino...

—Pare —dijo de pronto Ninga.

Tony la miró un instante. Luego, sacó el coche de la carretera, hasta la sombra de unos árboles, y paró el motor. El silencio era sorprendente allí. El contrabandista miró de reojo a Ninga, que miraba hacia el frente, como enfurruñada.

—¿Se encuentra mal? —se interesó.

Ella volvió la cabeza hacia él, le miró a los ojos, luego su boca... De pronto, giró el torso, alzó los brazos y rodeó con ellos el cuello de Tony Mason. Cuando éste vino a darse cuenta, tenía en sus labios los gruesos y tibios de la muchacha, en una caricia decidida, intensa... No hizo nada. Simplemente, dejó que ella le besase, hasta que se cansó.

Ella suspiró después de apartarse, y susurró:

—¿No te gusto porque soy negra?

—No diga tonterías —masculló Tony—. Lo que pasa es que no quiero complicarme la vida. He sido bien advertido de que no debo buscar discordias entre usted y Jason Makingo.

—No hay discordias cuando nada trasciende —sonrió ella; se desabotonó la parte superior de la blusa—. Hace mucho calor.

Tony Mason miró inexpresivamente por la abertura de la blusa, y asintió, señalando hacia arriba.

—Cuanto más rato estemos parados bajo el sol, más calor irá teniendo. El coche se convierte en un homo.

Ninga miró hacia los árboles, que se iban espesando a medida que se apartaban de la carretera.

—No estamos al sol, sino a la sombra —sonrió—. De todos modos, quizá más adentro haya sombra más frescas.

—Será mejor que se abroche la blusa, o le voy a ver el ombligo.

Ninga se echó a reír. Por supuesto que no se abrochó la blusa. Lo

que hizo fue volver a besar a Tony, que esta vez la abrazó por la cintura, y la apretó contra él, correspondiendo al beso. Cuando ella se apartó, suspirando de nuevo, Tony puso el motor en marcha...

—¿Qué haces? —se sorprendió Ninga; pero creyó comprender en seguida—. Oh, sí...

Debe haber por ahí un sitio adecuado para...

—Vamos hacia Tánger.

—¿No quieres... refrescarte un poco?

—Escucha, morenita, si quieres saber la verdad, me gustas a rabiar, y tu oferta me interesa. Pero tengo en el aire nada menos que veinte mil libras, y no pienso permitir que desaparezcan volando por tontería más o menos.

—Tú también me gustas a mí... Mucho —musitó Ninga.

—Me parece estupendo. Pero tendremos que esperar otra ocasión.

—¿Tienes miedo de Jason Makingo? —rió ella.

—Mi único miedo está en que Hassan se ponga furioso como una cabra si se entera, y que decida complicarnos la vida a todos no pagándome. Y digo que todos nos complicaríamos la vida porque yo no me conformaría fácilmente. De modo que tengamos la fiesta en paz, y cuando yo haya cobrado mi parte, vuelve a llamar a mi puerta... ¿Está claro?

—Sí. Me las arreglaré para que volvamos tú y yo a Tánger cuando ya hayas cobrado. ¿Entonces...?

Tony asintió con la cabeza, puso la primera y arrancó. Ninga lo estuvo mirando unos segundos, mientras acariciaba su manaza, que parecía clavada al volante.

—Estaré esperando con impaciencia —susurró.

Cuando entraron en Tánger, ya llevaba abrochada la blusa. Descendieron por Rue Sidi Amar, que luego tomaba el nombre de Rue San Francisco, hasta la plaza del Gran Zoco. Pero no llegaron aquí, sino que Tony desvió el coche por una calle estrecha, que los llevó a cruzar Rue

D'Angleterre.

Luego alcanzaron Rue de la Liberté, bajaron por ésta hasta la plaza de Francia y siguieron por Boulevard Pasteur hasta llegar al de Mohammed V, en dirección a la plaza de las Naciones...

—En cuanto encontremos un estacionamiento nos detendremos

—dio Tony—. Hay por aquí muchas tiendas, y grandes almacenes.

—Sí —ella dejó de mirar por la ventanilla, y le sonrió—. Ya lo voy viendo.

Dos minutos más tarde, Tony Mason estacionaba el coche. Se apearon los dos, el contrabandista cerró el vehículo y señaló un gran letrero a unos treinta metros más arriba.

—Grandes Almacenes Tangerinos: ahí hay de todo.

—Pero no parece que tengan muchas cosas elegantes...

—No. Es más bien popular.

—Yo he oído hablar de un local llamado Gran Bazar... No: Gran *Boutique*, me parece.

—Sí... —Tony Mason parpadeó—. Está doscientos metros más arriba. Es un sitio caro. Quizá demasiado para mí.

—¿Aun teniendo veinte mil libras en el aire? —rió ella. Tony Mason sonrió simpáticamente.

—All right: vamos a la Gran *Boutique*.

La Gran *Boutique* tenía dos escaparates enormes, uno destinado a artículos para caballero y otro para los de señora. Naturalmente, se detuvieron delante del de señoras, y Tony comenzó a fruncir el ceño cuando vio las prendas femeninas hábilmente expuestas. Ninga le vio por el cristal, y le miró a punto de reír.

—Insisto en que deberíamos hacer nuestras compras por separado, y encontramos luego. Nadie tiene por qué saberlo, y no creo que vaya a ocurrirme nada aquí dentro... Y así te proporcionaré pequeñas sorpresas cuando te enseñe lo que pienso comprar.

—Ya veo ahí —señaló el escaparate— todo lo que puedes comprar.

—Pero no me lo estás viendo puesto.

Tony Mason se rascó la nuca unos segundos, antes de refunfuñar:

—De acuerdo. El que termine antes, que naturalmente seré yo, esperará al otro en la puerta. ¿Está bien así?

—Claro que sí, querido... Hasta luego.

—Hasta luego.

Entraron en el local. La sección para señoras estaba en la planta baja. La de caballeros, en el primer piso, al que se accedía por una amplia escalinata que arrancaba de la sección general, donde había

de todo para todos. Tony Mason emprendió la subida hacia el primer piso. Al llegar arriba, se volvió, y correspondió al sonriente saludo que le hizo Ninga, todavía en la sección general. Tras el saludo, el británico desapareció del final de las escaleras, hacia el interior de la sección. Estuvo allí, contemplando un estupendo traje que, pasmo de pasmos, parecía hecho a su medida incluso en los hombros...

—¿*Monsieur*? —Apareció junto a él un sonriente dependiente.

—Quisiera... —Se llevó de pronto la mano al bolsillo, y torció el gesto—. Vuelvo en seguida: me he olvidado la billetera en el coche. Pero quiero este traje, así que empiece a quitárselo al maniquí.

—En seguida, señor.

El británico retrocedió hacia la escalinata, y se asomó cautelosamente. No vio a Ninga desde allí. Comenzó a bajar, despacio, abarcando cada vez una zona mayor del departamento de artículos generales.

Cuando vio a Ninga en este departamento, se quedó inmóvil. Ni un solo músculo de su rostro se movió, a pesar de que en el acto se dio cuenta de que el hombre negro que estaba junto a ella, simulando dedicar toda su atención a los objetos expuestos, no era ajeno a la muchacha. Un hombre joven, muy apuesto, bien vestido. Tenía la frente muy amplia, y llevaba los cabellos muy cortos. Resultaba sumamente atractivo, del mismo modo que Ninga lo resultaba como mujer negra.

En aquel momento era ella la que hablaba, mientras miraba un gran bolso de marroquinería con extraordinaria atención. Tony estuvo observando el movimiento de sus labios. Cuando quedaron inmóviles, miró los del guapo y esbelto negro, y sonrió duramente al ver que ahora se movían los de él. Cuando dejaron de moverse, le tocó de nuevo el turno a Ninga, y luego de nuevo a él... Parecían ignorarse, pero Tony Mason sabía que no era así.

—Eres una chica muy lista... —pensó—. Te portas amablemente conmigo, y luego me miras con esos ojazos tan prometedores y me pides que nos separemos para hacer las compras... ¿Cómo podría negarse un tipo como yo a cualquier cosa que le pidiera una negra linda como tú?

Bajó rápidamente la escalinata, volviendo la cabeza, asegurándose de que Ninga no le veía, y salió a la calle. Allí, tras

apartarse unos metros de la entrada de la Gran *Boutique*, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

No tuvo que esperar ni siquiera cinco minutos. Al parecer, la entrevista no requería largas conversaciones: el negro guapo salió del establecimiento, y Tony se cobijó velozmente en el portal ante el cual había estado esperando. El negro pasó ante el portal a los pocos segundos, caminando tranquilamente. Tony esperó otros pocos segundos, y salió, colocándose tras él, a prudente distancia. Al llegar a Rue Jeanne

d’Arc,

el negro desapareció por la esquina. Tony apretó el paso y volvió a divisarlo.

No caminó mucho más. Se detuvo junto a un coche, sacó las llaves, abrió la portezuela, se sentó ante el volante... Estaba a punto de dar el encendido cuando Tony llegó, abrió la portezuela y con el dedo índice de la mano derecha, rígido en el bolsillo del pantalón, apuntó al negro, que había respingado y le miraba, sobresaltado.

—En efecto —dijo secamente Tony—, soy el acompañante de Ninga. Será mejor que salga del coche.

El negro miró el abultamiento del bolsillo de Tony. Luego, tras volverlo a mirar a él, salió del coche, en silencio. Aunque estaba bien claro que entendía perfectamente el francés.

—Vamos a entrar los dos por la otra puerta —dijo Tony.

El negro la abrió, y entró en el coche, desplazándose hacia el volante de nuevo, mientras Tony se sentaba en el asiento derecho.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El negro apretó los labios, y eso fue todo. Tony sonrió despectivamente. Deslizó su mano izquierda por el pecho del negro, hacia su sobaco izquierdo, y le quitó la pistola. Sacó entonces su mano derecha vacía del bolsillo del pantalón, y empuñó la pistola con ella, apuntando hacia el vientre del otro, que se mordía los labios.

—Un viejo truco que a veces da resultado —sonrió de nuevo Tony Mason—. Y como ahora sí estoy armado, repetiré la pregunta: ¿Quién es usted?

—Tobutu.

—Aaaah... ¿Se supone que eso debe bastarme? Dígame qué se traen usted y Ninga.

—No sé quién es Ninga.

—¿No? Bueno, es la muchachita amiga de Jason Makingo, con la que ha estado usted hablando en la Gran *Boutique* hace un par de minutos. Ella quería comprar cosas en Tánger, y al llegar aquí, dijo que había oído hablar de la Gran *Boutique*, y que quería ir allá. Naturalmente, porque estaban ustedes citados en ese lugar. ¿Sí?

—Sí.

—Bien. Hoy estoy en plan de repetición: ¿Qué están tramando los dos? Tobutu miró la pistola, y se pasó la lengua por los gruesos labios.

—Ninga y yo nos amamos.

—Romántica actitud, señor Tobutu. Y ahora va a decirme que ella se las arregló para venir a Tánger a verle acompañada por mí en lugar de por uno de los guardaespaldas de Jason Makingo, que seguramente le conoce a usted, y le habría identificado apenas verlo. Luego me dirá que usted y Ninga han quedado en verse de nuevo aquí, ya que no pueden verse en su país porque Makingo no la deja sola ni un momento, y finalmente hasta es posible que me pida que les haga de hada madrina. El cuento me gusta, pero es más viejo que el continente africano. Ahora piense en otro.

—No se me ocurre ningún otro —musitó Tobutu.

—A mí, sí. Ustedes, simplemente, le están preparando alguna cochinada a Jason Makingo. ¿Es así?

—Quizá.

—Vamos, no sea tímido, hombre. Hasta es posible que podamos llegar a un acuerdo. Tobutu le miró vivamente.

—¿Usted llegaría a un acuerdo con nosotros?

—Cuando se me pagan veinte mil libras por movilizar un millón, pienso que el porcentaje es muy pequeño. Dicho de otro modo: yo trabajo para quien mejor me paga. Y tengo la impresión de que usted, con mi ayuda, podría llegar a una situación que le permitiese ser más generoso que mi actual jefe, Hassan Mandel. No sé si hablo claro.

—Sí.

—¿Y bien?

—No puedo confiar en usted.

—¿No? Bueno, entonces sólo tengo que matarlo y regresar a la casa de Hassan con Ninga, y decirle a Jason Makingo lo que he

visto. Quedaré estupendo con ambos: usted estará muerto y Ninga las pasará... negras —sonrió—. Espero que comprenda que si ésas fuesen mis intenciones, todo sería muy fácil para mí. Pero a mí no me gustan las cosas fáciles, sino los asuntos que puedan proporcionarme... doscientas cincuenta mil libras, por ejemplo. ¿Qué le parece la cantidad?

—¿Nos ayudaría usted con su intervención personal?

—Por doscientas cincuenta mil libras estoy dispuesto a jugarme el dedo gordo del pie izquierdo, por lo menos. ¿Me entiende?

—Sí —sonrió Tobutu—. Queremos los cuatro proyectores de rayos láser.

—No se lo va a creer, señor Tobutu, pero ignoro esa parte del asunto. O al menos no la conozco completa. Explíqueme eso de los proyectores de rayos láser.

—Hassan Mandel tiene empleados a unos hombres que han fabricado un arma a base de rayos láser. En Suiza le están construyendo la parte mecánica de esos proyectores, y en su propia casa han construido la parte energética. Cuando reciban las piezas, podrán montar cinco proyectores, que quedarán inmediatamente dispuestos para funcionar. Jason Makingo le ha comprado, financiándolos en parte por anticipado, cuatro de esos proyectores. El quinto se lo quedará el propio Hassan.

—Entiendo. Acláreme una cosa, respecto a esos hombres que están trabajando en la casa de Hassan: ¿Hay un sótano en ella, o algo parecido?

—¿Usted no lo ha visto? —se sorprendió Tobutu.

—No. Me pareció ver una trampilla en el suelo de un cuarto que antes debía ser un patio, detrás de la cocina, pero no he tenido una ocasión digamos prudente para meter mis narices por allí... Tengo mucha paciencia.

—Hay cuatro hombres en un sótano que antes era una cuadra, me parece. Ninga me lo ha explicado...

—¿Ella ha estado ahí abajo?

—No, no. Pero Hassan sí le enseñó las instalaciones a Jason Makingo la primera vez que fueron a llevarle diamantes..., y Ninga se lo sonsacó luego a Makingo.

—Sin grandes dificultades, claro —sonrió Tony—. Ninga es una muchacha muy convincente..., para un viejo como Makingo, claro.

De modo que yo estaba en lo cierto... Y si no me han dicho nada es que Hassan y los demás no acaban de confiar plenamente en mí. Es natural, claro. ¿Sabe, señor Tobutu? Tengo la impresión, muy desagradable por cierto, de que Hassan tiene proyectado eliminarme ahora que ya no me necesitan para terminar la operación. Y seguramente querrán hacerlo cuando Jason Makingo se vaya de la casa con sus armas. Y eso no me gusta nada.

—Únase a nosotros y saldrá mejor librado, señor...

—Mason. Tony Mason. ¿Quedamos en doscientas cincuenta mil libras?

—Si conseguimos nuestro objetivo, sí.

—Considere el trato firmado. ¿Cuál es nuestro objetivo?

—Eliminar a Jason Makingo y apoderarnos de los proyectores de rayos láser.

—¿Y cuál es... o era el objetivo de Jason Makingo?

—¿Ha oído el nombre de Tongoro?

—Claro que sí. Es un país de África del Sur... Mejor dicho, no es un país, es sólo una colonia. Una de las pocas que quedan en África. Claro... Su producción casi exclusiva es de diamantes. Por eso Jason Makingo dispone de ellos con tanta facilidad y en tal cantidad. Pero ¿cómo lo consigue? Tengo entendido que hay un acuerdo entre la colonia y la metrópoli respecto al reparto de los diamantes obtenidos en las minas: la mitad para cada uno. ¿Cómo tiene acceso Makingo a la mitad que le corresponde a la colonia?

—No tiene acceso a esa mitad, sino que los consigue de minas secretas en una pequeña parte, y de otras que están consideradas como improductivas, y que sólo ocasionan pérdidas. De este modo, Makingo ha ido acumulando una gran riqueza en diamantes, que está utilizando para sus propios fines.

—¿Y esos fines son...?

—Piensa utilizar los proyectores de rayos láser para atacar y destruir las bases de la potencia colonial. En un principio, proyectó comprar armas, y contratar mercenarios, como han hecho otros, pero pronto comprendió que eso era mucho más difícil de realizar. En Tánger, conoció a Hassan... Es decir, Hassan le buscó, cuando se enteró de que cierto africano del Sur andaba buscando apoyo para determinada acción bélica: Llegaron muy pronto a un acuerdo, y ahora están a punto de culminar sus propósitos. Jason Makingo

matará a todos los soldados coloniales, y destruirá su armamento y material. Luego, hará lo mismo con el gobernador Monko, ocupará la casa, y proclamará Tongoro como reino...

—Y él será el rey.

—Sí. Por lo tanto, dueño de vidas y diamantes de todo el país.

—Eso conlleva una gran masacre de soldados coloniales, y posiblemente de la propia población negra de Tongoro.

—Inevitablemente.

—¿Y qué pretenden usted y Ninga?

—Evitar eso. Nosotros consideramos que Tongoro no está preparado para la independencia total...

—¿Qué me dice? —exclamó Mason—. ¿De verdad piensa así?

—Sí —sonrió tristemente Tobutu—. Algunos jóvenes de Tongoro hemos formado un grupo, y nos hemos dedicado a pensar y a estudiar la situación. Hemos llegado a la conclusión de que la independencia perjudicaría a nuestro país, del mismo modo que ha perjudicado a otros... Somos de los que han aprendido a escarmentar en cabeza ajena. Por lo tanto, hemos decidido impedir que Jason Makingo consiga su objetivo, y esperar tiempos mejores para solicitar por vías adecuadas la independencia de Tongoro.

—Eso demuestra una gran sensatez por parte de ustedes, señor Tobutu.

—Así lo creemos.

—Bien... Creo que el material de Suiza llegará dentro de un par de días. Pero no será fácil apoderarse de él. Hassan tiene bastantes hombres, y Makingo se unirá a él con los suyos...

—Yo también dispongo de hombres aquí, en Tánger. Están esperando mis órdenes. Y tengo más que Hassan: veinte.

—Hassan tiene siete, y él ocho. Además, estaría Makingo y sus dos guardaespaldas...

—Serían más, porque Makingo debe haber llamado ya desde la casa de Tánger a otros hombres, que pasarán a recogerlo con un yate en cuanto llegue el material a la casa de Hassan.

—Ah, otra cosa que no me han dicho... Bueno, según voy entendiendo, es posible que se enfrentasen dos grupos de veinte hombres cada uno, más o menos. ¿No es así, señor Tobutu?

—Nosotros no tenemos miedo a pelear.

—¿Qué le parecería conseguir esos proyectores sin lucha?

—Eso no es posible.

—Quizá lo sea. ¿Qué perderíamos estudiando el asunto detenidamente? Está usted hablando con un contrabandista que se las sabe todas, se lo aseguro. Deme veinticuatro horas para pensar en algo. ¿Dispone usted de una lancha quizá?

—Desde luego. Es decir, no la tengo ahora, pero puedo conseguirla fácilmente.

—Bien, vamos a dejar pasar todo el día de mañana. Pasado mañana por la noche seguramente llegarán las piezas de esos proyectores... Si en todo el día de mañana, no ve usted en la costa delante de la casa de Hassan Mandel, unas señales con espejo, es que no he podido solucionar el problema por las buenas, en cuyo caso, sólo tiene que permanecer vigilante esperando la llegada del material y atacar entonces.

—¿Y si veo reflejos del sol en un espejo?

—Eso querrá decir que se me ha ocurrido algo, y que Ninga y yo volveremos mañana por la tarde a Tánger. Usted, en ese caso, deberá estar esperándonos en la *Gran Boutique*, y allá lo prepararemos todo definitivamente.

—¿Por qué tengo que confiar en usted?

—Por doscientas cincuenta mil libras. Hassan me paga sólo veinte mil. ¿Le parece buena razón?

—Sí... Sí, en efecto. Y ahora otra pregunta: ¿por qué confía usted en mí?

—Se lo diré, señor Tobutu... Yo tengo más mala leche que una camella vieja. Si usted se quiere pasar de listo conmigo, yo no tendría inconveniente en buscarlo, aunque fuese en Tongoro y dentro de diez años, y entonces usted tendría motivos para arrepentirse de haberme gastado una... broma. También entiende esto, ¿verdad?

—Sí —sonrió Tobutu.

—Entonces, no hay gran cosa más que hablar. Ah, un detalle que no quisiera tener que preguntarle a Hassan: ¿cómo y por dónde llegará ese material? A mí no me lo han dicho, pero apuesto a que Makingo lo sabe. Y por tanto, lo sabe Ninga. Es decir, que usted lo sabe.

—Sí —rió Tobutu—, lo sé. Llegará en avión en unas cajas de aparatos electrodomésticos procedentes de una fábrica de Suiza. Las

piezas estarán desmontadas, y la inscripción que constará en las cajas será la de «aspiradoras».

—Interesante. ¿Y para qué puede querer un hombre como Hassan unas aspiradoras suizas?

—Hassan Mandel tiene en Tánger una tienda de aparatos electrodomésticos. ¿No lo sabía?

—No. Estoy incomunicado en esa casa, y al parecer nadie confía en mí. Bien: llegarán esas cajas, Hassan se hará cargo de ellas y las llevará a su tienda. Luego, por la noche, discretamente embaladas, las pondrá en su coche y las llevará a la casa, ¿no?

—No. Ninga me ha dicho que llegarán a la casa de la costa en una lancha.

—¿En una lancha? —se sorprendió realmente Tony—. Eso es una tontería. Tendrían que subir todo el material por esa maldita escalera de roca. Y aunque supongo que no debe pesar demasiado, siempre será más aparatoso que llevarla en el coche, encerrar éste en el garaje y descargar tranquilamente.

—Ninga me ha dicho que las piezas serán llevadas a la casa por mar desde Tánger.

—Qué manera de complicarse la vida... ¿O no? Bueno, pensaré también en eso. Hasta la vista, señor Tobutu.

—Así lo espero. ¿Me devuelve mi pistola?

Tony Mason estuvo unos segundos mirando atentamente los ojos de Tobutu. De pronto sonrió, y le tendió la pistola. Tobutu la tomó, se la guardó en el sobaco tranquilamente, y eso fue todo. Mason asintió con un gesto, salió del coche y regresó hacia la *Gran Boutique*.

Veinte minutos más tarde había comprado el traje y varias cosas más, aparte de hacer una llamada telefónica desde el mostrador de la sección para caballeros. Luego, bajó a la planta, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar que la bella Ninga terminase sus compras.

Lo cual sucedió casi una hora más tarde. La muchacha apareció cargada de paquetes, y Tony se apresuró a hacerse cargo de algunos muy sonriente.

—No creo que te haya sobrado mucho dinero —comentó.

—Unos pocos francos —rió ella—. ¿Hace mucho que estás esperando?

—Bastante. Los hombres no nos complicamos tanto la vida. Vamos a dejar todo esto en el coche y luego, si quieres, seguiremos dando vueltas por Tánger.

—Oh, no: es suficiente por hoy.

—Muy bien.

Fueron al coche, colocaron los paquetes en el maletero y se acomodaron en el asiento de delante. Tony Mason dio el encendido, miró sonriente a Ninga y dijo:

—Casi se me olvida: recuerdos del señor Tobutu.

CAPÍTULO VII

Desde el yate, Jason Makingo contestó amablemente al saludo que le dirigía Ninga en el agua, y se volvió hacia el sonriente Hassan Mandel, que también contemplaba a la muchacha nadando.

—Debe ser una compañera muy agradable —comentó Hassan. Makingo lo miró con cierta ironía.

—Lo es. Y todavía estoy en edad de apreciarlo, Hassan.

—No me cabe la menor duda. En modo alguno he pretendido...

—Dejemos eso. Ninga es una joven espléndida, y sé muy bien que no la tendría si no pudiese compensarla en algún modo. Pero a mí eso no me importa. Sigamos hablando del transporte... ¿Realmente le parece peligroso que el yate que ha de recogerme llegue hasta aquí?

—Sí. Yo puedo navegar por estas aguas sin sufrir ninguna molestia. Y tampoco sería molestia acudir al encuentro de su yate llevando el material.

—Le comprendo a usted. Pero considero que todo eso sería una pérdida de tiempo, Mandel. El material llegará mañana por la noche, ¿no es así?

—Sí. Tengo que recogerlo mañana por la tarde en el aeropuerto.

—Bien. Por la noche, simplemente, lo trae aquí, lo cargamos en mi yate y yo emprendo el regreso...

—No puede ser. Hay que comprobar el funcionamiento del proyector. Tenemos que llevarlo al laboratorio, montarlo, y hacer una prueba, por lo menos, con cada aparato. Una vez Von Kaster esté seguro de su perfecto funcionamiento, nosotros bajaremos a comprobarlo, los proyectores serán desmontados delante de usted finalmente, para que pueda apoyar verbalmente a sus amigos cuando los monten siguiendo las instrucciones escritas, y entonces

los cargaremos en mi yate para acudir al encuentro del suyo.

—Bien. —Makingo reflexionó unos segundos—. Tiene usted razón en la mayor parte, Mandel. Pero hagámoslo de este modo: hacemos las comprobaciones tal como usted ha dicho, e inmediatamente, lo llevamos con la lancha de Mason o la de usted a mi yate, que estará fondeado cerca de aquí. Sólo tengo que llamar por teléfono, y todo quedará decidido de este modo. Y no se preocupe por los contratiempos que puedan salirme al paso durante mi regreso a Tongoro: si alguien pretende molestarme seriamente, lo desintegraré con uno de los láser... Sería un buen modo de hacer una comprobación auténtica sobre su funcionamiento, ¿no le parece?

—Está bien. De todos modos, evite eso. No sería interesante que...

Sentado en uno de los escalones de roca, Tony Mason miraba las bocas de Hassan Mandel y Jason Makingo, inexpresivo el rostro, un cigarrillo colgando de los labios. Hacía un buen sol, y, como era ya habitual en él, Tony lo aprovechaba, sin que ya ni siquiera Boutet le fastidiase con su vigilancia...

—¡Señor Mason!

Tony bajó la mirada y sonrió a Ninga, que le tendía una mano. La ayudó a subir, y la muchacha se sentó a su lado, brillante su negro y espléndido cuerpo escasamente cubierto por el fantástico bikini de color amarillo. Ninga se quitó el gorro de goma que simulaba una peluca rubia y volvió a saludar a Makingo, que de nuevo correspondió.

—¿De qué deben estar hablando? —musitó, sin mirar a Tony.

—Sería conveniente que te enterases más tarde. ¿Has visto algo?

—Creo que sí —la muchacha terminó de secarse las manos con la toalla, y aceptó el cigarrillo que le tendía Tony—. Uno de esos agujeros que hay en la roca llega muy adentro... No me he atrevido a llegar hasta el fondo.

—¿Por qué? —se sorprendió Tony.

—Me ha dado miedo. Ha habido un momento en que no veía nada. ¿Crees que pueda llegar hasta donde están esos hombres?

—Debería ser así, si las cosas tienen sentido. Hassan hace traer los proyectores por aquí porque sabe que es un sistema seguro... Y yo tengo el convencimiento de que tiene que haber una gruta que

llegue hasta el laboratorio. ¿Tú no has estado en él?

—No. Pero Jason sí.

—Hazle preguntas más tarde. Si hay un pasadizo, o lo que sea, él debe haberlo visto.

—Muy bien. ¿Se te ha ocurrido algo?

—No. Es decir, se me han ocurrido muchas cosas, pero no me atrevo a ponerlas en práctica sin conocer bien los propósitos de Hassan y de Makingo.

—Yo creo que te estás complicando la vida. Tobutu puede venir aquí y atacar por sorpresa. Quizá te parezca simple y brutal, pero siempre es efectivo.

—Por el momento, no se me ocurre otra solución, así que, de momento, no cabe hacerle señales a Tobutu con el espejo. El comprenderá, y estará preparado para todo. Si mientras tanto encontramos otra solución, ya nos las arreglaremos para avisarle... Ten cuidado con tus expresiones: Boutet y Crosby nos están mirando desde la borda del yate.

—Ya los he visto, no te preocupes —sonrió la muchacha—. Tony, espero que no estés intentando engañarnos a Tobutu y a mí.

—No. Soy un granuja, pero todo tiene un límite.

—¿Qué quieres decir?

—Los propósitos de Makingo me parecen bastante más censurables y repugnantes que los vuestros. Él quiere utilizar los láser para matar y coronarse rey; en cambio, vosotros queréis evitar matanzas y la pérdida del apoyo de vuestra metrópoli hasta que Tongoro esté en condiciones óptimas para reclamar su independencia. A mí esto me parece no sólo más razonable, sino más inteligente, conveniente y humano. Por lo tanto, os ayudaré.

—Y recibirás doscientas cincuenta mil libras.

—Me imagino que se las quitaréis a Makingo, ¿no?

—Desde luego. Nosotros no podemos disponer de semejante cantidad, ni en diamantes, ni en ninguna otra forma... Eres un hombre extraño, Tony.

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Ayer tarde, cuando íbamos hacia Tánger, pudiste... aprovecharte de mis intentos de agradarte, y no lo hiciste. Y no me digas que fue solo por el temor de que Makingo se enterase y todo eso.

Tony Mason encogió los hombros.

—Piensa lo que quieras.

—Crosby me ha hablado de la señorita Quidet.

Tony miró vivamente a Ninga durante un instante. Luego, sus ojos parecieron apagarse, su gesto se ensombreció.

—Crosby es un maldito lengualarga.

—¿Todavía la recuerdas?

—Escucha bien, Ninga: nosotros nos hemos aliado para este asunto, pero nada más. No tenemos por qué conocernos a fondo, ni ser amigos, ni nada de nada. Sólo hacer cada uno nuestra parte. Por lo demás, ni a mí me interesa tu vida, ni a ti debe interesarte la mía. Tampoco me gusta que me compadezcan, ni me gusta caer simpático, ni tener amigos... Haré mi parte, cobraré esas doscientas cincuenta mil libras, y nos diremos adiós para siempre. Así que no intentes hurgar en mis pensamientos o en mis sentimientos.

¿Está claro?

—Sí —musitó Ninga, impresionada.

—Muy bien. Yo me largo ahora. Tú termina el cigarrillo, ve al yate, y procura enterarte de cuantas más cosas mejor. Por mi parte, pienso dedicarme a pensar en busca de una solución que evite tener que luchar.

—Eres muy considerado.

—Soy inteligente. —Tony se tocó la frente—: a fin de cuentas, si hay lucha es posible que yo sea uno de los muertos, ¿no?

—Ah.

—¿Qué demonios creías? Hasta luego.

—Tony.

—¿Sí?

—Si en todo el día de hoy no encuentras una solución, Tobutu estará vigilando la tienda de Hassan. Sabrá cuando éste recibe las piezas, y sabrá cuando las carga para traerlas aquí. No atacará a Mandel en Tánger, desde luego, pero sí cuando llegue aquí... Será inevitable.

—Como diría ese puerco de Mouza: ¡cúmplase la voluntad de Alá!

Y tras esta sentencia de buen creyente, Tony Mason se dirigió escalones arriba. Tenía mucho en qué pensar, y la compañía de Ninga sólo servía para distraerle.

CAPÍTULO VIII

Tony Mason se quedó mirando estupefacto a Crosby.

—¿Ahora? —exclamó—. ¿Estás loco?

Crosby movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—No.

—Pues yo creo que sí. ¡No tengo la menor intención de darme un baño en estos momentos! ¿Te has vuelto idiota? Hassan va a regresar de un momento a otro con ese material, y tú vienes a decirme que precisamente ahora, a las diez de la noche, vamos a ir a nadar... ¡Vete al demonio!

—Todavía hay cosas que ignoras de esta casa, Mason —dijo Boutet, sonriendo irónicamente—. Y parece que ya es hora de que las vayas conociendo. Vamos, no seas estúpido: si te decimos que vengas a nadar, será por algo, ¿no?

Tony dejó el vaso de *whisky*, y, todavía desconcertado, miró a Jason Makingo, que ya se había puesto en pie.

—¿Usted también viene a nadar, señor Makingo? —Se pasmó.

—No —rió Makingo—. No creo que mi ayuda les fuese demasiado útil, Mason. Tan sólo voy a presenciar la maniobra.

—¿Puedo ir yo también, Jason? —pidió Ninga.

—No te molestes, Ninga. Nosotros...

—¡Oh, yo quiero ir, quiero ver todo eso...! ¡Por favor, Jason! ¿Qué haría aquí sola en la casa?

—Está bien. Permanecerás conmigo en el embarcadero. Vamos.

Cuando llegaron al embarcadero, Turuk y Muslim estaban ya en traje de baño, y junto a ellos había dos pequeñas plataformas de tablas montadas sobre cámaras de ruedas de coche, unidas por cuerdas. Por encima de ellos, lejos, la oscuridad era perforada siempre por el faro.

—¿Qué es esto? —exclamó Tony.

—Hassan llegará muy pronto con Ahmed y Mouza —dijo Crosby—. Desnúdate... ¿Qué te pasa ahora?

—De verdad que creí que era una broma imbécil —masculló Tony—. Así que no he cogido el traje de baño. ¡Estoy de vuelta en un minuto!

Se lanzó escalones arriba a toda velocidad... Pero no tardo un minuto, desde luego, sino cinco o seis. De todos modos, llegó ya con el bañador puesto, y sin pantalones, Los demás habían tirado ya las dos pequeñas balsas improvisadas al agua, y los dos marroquíes nadaban junto a ellas. Crosby les tendió un paquete, que colocaron sobre una de las balsas.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Tony.

Nadie contestó. Crosby miró su reloj sumergible y luminoso, que Tony no le había visto hasta entonces y dijo:

—No puede tardar ni cinco minutos.

Cuatro minutos más tarde comenzaron a oír el motor de una lancha acercándose. Y muy pronto apareció la lancha procedente de Tánger, acercándose al embarcadero. El motor dejó de oírse, y la lancha llegó suavemente a las rocas con el impulso último.

Hassan Mandel saltó a tierra, y se volvió hacia Mouza y Ahmed, que se estaban quitando rápidamente la ropa.

—Daos prisa. Crosby, ¿lo tenéis todo preparado aquí?

—Desde luego.

—Bien. ¡Sidi! —llamó, volviéndose hacia el yate.

El marroquí encargado del cuidado del yate estaba en la borda, así que sólo tuvo que alzar un brazo para que Mandel le localizase.

—¡Vigila bien y avísanos si aparece alguna embarcación! ¿Ves algo ahora?

—Sólo el yate del señor Makingo, Hassan. Bueno, sé que está allí, y veo la mancha del casco. Nada más que eso.

—Sigue vigilando —se volvió, y miró a Tony—. Mason, ¿qué está esperando?

—Estoy esperando saber qué es lo que tengo que hacer, aparte de tomar un baño nocturno —masculló Tony.

Hassan señaló hacia la lancha.

—Ayude a Mouza y Ahmed a colocar esos paquetes en las balsas. Lo demás lo irá comprendiendo por sí mismo.

Tony Mason encogió los hombros, saltó a la lancha y se inclinó para asir por un extremo uno de los paquetes. Había por lo menos una docena envueltos primero en lona y luego en plástico. Pero no pesaban gran cosa. Entre él, Mouza y Ahmed los fueron colocando en las balsas bajo la supervisión y ayuda de los demás, que estaban en el agua. Luego, Ahmed y Mouza saltaron al agua...

—¡Vamos, Mason! —Gruñó Boutet, que no parecía muy feliz.

El contrabandista se deslizó por la borda e hizo lo que hacían los demás: empujar una de las balsas, nadando cerca de la costa en dirección Oeste.

Ni siquiera recorrieron treinta metros. Crosby dirigió la marcha hacia una de las grutas, y entró el primero, tras tomar una linterna del paquete que habían dejado antes en una balsa. Cuando encendió la luz, estaba ya no menos de ocho metros hacia el interior de la gruta. Los demás le siguieron. Boutet encendió otra linterna, y dirigió la luz hacia delante, como Crosby. Tony Mason se abstuvo de hacerse por más tiempo el sorprendido. Todos en silencio, moviendo apenas las quietas aguas, fueron adentrándose. La gruta se desviaba luego a la izquierda, después a la derecha, y finalmente, terminaba en otra de techo más alto, que a Tony le pareció un panal lleno de agujeros. Al fondo había una pequeña explanada por encima del nivel del agua, y sin que nadie tuviese que decirlo, nadaron hacia allí.

El primero en subir a tierra firme fue Crosby, que dejó la linterna apoyada en el suelo por la base, de modo que la luz, al dar en el oscuro techo, se expandió por toda la gruta. Luego, hizo lo mismo con la que le tendió Boutet y tendió las manos.

—Venga, empecemos. Sube tú, Mason. Vamos, vamos...

Los paquetes fueron descargados en menos de dos minutos. Y entonces, el transporte continuó por tierra. Delante iba Crosby con una linterna, y Boutet iba el último, con la otra. Había en total quince paquetes. Tony cargó con tres, y los otros seis, dos cada uno. Era una proporción de carga justa, teniendo en cuenta la potencia física del contrabandista británico...

Y finalmente, aparecieron por el hueco reforzado con ladrillos que había junto a la puerta de la cuadra habilitada como laboratorio. Hassan Mandel ya estaba allí, y sonrió secamente al captar la mirada de sorpresa que le dirigió Tony Mason. Una mirada

que continuó expresando sorpresa cuando vio la puerta de metal, abierta, y en el umbral a tres hombres... No, cuatro. Uno de ellos barbudo y miope, se adelantó impetuosamente. Estaba visiblemente excitado.

—Pronto, pronto —exclamó con voz ronca—. ¡Estoy deseando comprobarlo!

El aparentemente estupefacto Tony Mason miró hacia el interior del laboratorio y luego a Hassan.

—¿Dónde está Makingo?

—Arriba. Y nosotros también vamos a marcharnos de aquí mientras Von Kaster prueba los proyectores. Si algo falla, no quisiera estar cerca de estos aparatos.

—No fallará nada —dijo con acritud Von Kaster—. Pero de todos modos, es mejor que nos dejen solos.

Los paquetes fueron depositados dentro del laboratorio, y mientras tanto, Tony Mason iba mirando alrededor, inexpresivo el rostro. Rayos láser: *Light Amplification by Stimulated Emission of Radiation*. Unas cuantas palabras con cuyas iniciales se componía otra de sugerencias estremecedoras...

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Mandel.

—En total, alrededor de una hora. Yo mismo subiré a avisarle —dijo el miope barbudo.

—De acuerdo. Subamos todos.

Cuando aparecieron en la cocina, Tony Mason ya no se extrañaba de nada. Había allí unas cuantas toallas, con las que se secaron y cubrieron luego sus hombros, mientras caminaban hacia el salón. En éste se hallaban esperando Ninga y Jason Makingo, y ambos miraron vivamente a Hassan, que dijo:

—Una hora aproximadamente.

—He estado pensando —dijo Makingo, tras asentir— que utilizar la lancha para llevar luego los proyectores a mi yate es perder el tiempo y trabajar en vano. Podemos hacer venir el yate aquí..., y de todos modos, si alguien ve aquí dos yates se sorprenderá mucho menos que si ve el mío solitario y con las luces apagadas.

—Tiene razón —admitió Mandel—. Ya no vale la pena complicarse la vida. Crosby, ve a hacer la señal para que el yate del señor Makingo se acerque al lugar convenido, delante mismo de la

gruta.

—Muy bien. ¿Vienes, Boutet?

El francés asintió, y ambos salieron del salón envueltos en las toallas. Tony Mason señaló hacia el mueble-bar camuflado.

—¿Hay inconveniente en que bebamos algo, Hassan?

—No —sonrió éste—. Supongo que el agua está fría a estas horas: Pero con cuidado, Mason —le miró significativamente.

—Sólo un trago.

Turuk, Ahmed, Muslim y Mouza aceptaron la idea de muy buena gana, y se turnaron en darle un buen repaso a la botella. Nadie se dio cuenta de la mirada que cambiaron, rápidamente, Tony y Ninga. Una mirada con una clarísima pregunta: ¿dónde estaba Tobutu? Hacía ya rato que había llegado el material, y Tobutu debía saberlo, pues había estado vigilando a Hassan Mandel, y preparándose para entrar en acción, Pero... ¿dónde estaba?

—Nos iremos en seguida, ¿verdad, Jason? —preguntó de pronto Ninga.

—Sí... Sí, sí, inmediatamente, claro. ¿Qué pasa?

—Voy a subir a recoger todas mis cosas, y así ya estaremos preparados. Recogeré también las tuyas... Señor Mason, ¿quiere usted ayudarme, por favor? Ya me vio comprando mis cosas, así que no importará que las vuelva a ver.

—Lo haré con gusto, señorita Ninga.

—Mouza, sube tú también —dijo Hassan—, ellos solos no podrían cargar con todo lo que compró Ninga.

Mouza asintió, y salió del salón en pos de los dos. Subieron en silencio. Ninga abrió la puerta del dormitorio que Hassan Mandel había destinado para ella y Makingo entró y señaló el armario. Mason lo abrió, y sacó las maletas, que colocó sobre la cama. Mouza abrió el otro armario y comenzó a meter en una sola maleta las cosas de Makingo. Cuando terminó, miró a Tony, que estaba cerrando una de las de la muchacha. Cerró la otra...

Ninga tenía en las manos su maletín de viaje, que tendió a Tony.

—Tengo que recoger mis cosas del cuarto de baño. ¿Quiere sostener abierto el maletín para que yo las vaya poniendo dentro?

—Desde luego. Mouza —lo miró fijamente—, ya puedes ir bajando estas maletas.

—Te espero —dijo secamente Mouza.

—Como quieras.

Entraron Ninga y Tony en el cuarto de baño. En silencio, la muchacha fue metiendo las cosas en el maletín, Se oía el sonido de cristal contra cristal, y eso era todo. El silencio era tal que Tony se sobresaltó cuando oyó el susurro de la negrita:

—No lo entiendo... Algo ha debido ocurrirle a Tobutu.

—Creí que tú sabrías por qué tardaba tanto.

—No... ¡No sé lo que ha podido pasar! Y en el yate de Jason hay diez o doce hombres... ¡Ya no podremos hacerlo si el yate llega aquí!

—Pues me pregunto cómo vamos a impedir eso: Crosby y Boutet ya... Sí —desconcertó de pronto a Ninga—, nos volveremos a ver, amor mío. Sea como fuere, me las arreglaré para entrar en Tongoro y te avisaré...

Dejó el maletín sobre el lavabo, la abrazó por la cintura, y la besó en los labios, con fuerza desesperada... Los brazos de Ninga subieron hasta su cuello, aceptando el abrazo, correspondiendo a él... Tony Mason cerró los ojos mientras besaba los muy llenos labios de la negrita. Es decir, pareció que los cerraba completamente, pero, manteniéndolos entreabiertos lo justo, pudo ver en la puerta del cuarto de baño al silencioso Mouza, mirándolos. Mientras besaba a Ninga, Tony Mason se estremeció al imaginar lo que podía haber sucedido si no hubiese oído las sigilosas pisadas del marroquí acercándose.

Mouza estuvo allí apenas tres segundos, hosca la expresión. Luego, siempre sigilosamente, se alejó. Tony deslizó su boca hacia una oreja de la muchacha.

—Mouza nos ha visto —susurró—. Le oí llegar, y he tenido que hacer esto. Comprenderá muy bien que estuviésemos cuchicheando, y no dirá nada: sabe que Hassan no quiere complicaciones con Makingo. No podemos seguir hablando, Ninga.

La apartó, terminaron de poner las cosas en el maletín, y salieron del cuarto de baño. Mouza estaba donde le habían visto antes de entrar allí. Miró fijamente a Mason y luego a Ninga.

—¿Lo tiene ya todo? —preguntó.

—Sí —sonrió Ninga—. Creo que no me olvido nada que sea importante. Gracias por su ayuda.

Mouza señaló hacia la puerta del dormitorio, y con su actitud

pasiva demostró bien claramente que quería ser el último en salir de allí. Ninga salió llevando su maletín, y Tony las dos maletas repletas de cosas compradas por la muchacha en Tánger. Mouza bajó tras ellos, con la maleta de Makingo. Todo esto fue dejado en el vestíbulo, cerca de la puerta, y los tres regresaron al salón.

—Jason —dijo Ninga, yendo a sentarse a su lado—, tendrías que comprarme una casa cuando lleguemos a Tongoro. Una casa tan grande y bonita como ésta.

Jason Makingo se quedó mirándola asombrado.

—¿Una casa? ¿Para qué? Vivirás en la casa, Ninga.

—¡En la capital...! A mí me gustaría tener una casa como ésta.

—Bien... Hablaremos de ello en el momento oportuno.

Tony, que estaba sirviéndose otra pequeña dosis de *whisky*, miró de soslayo a Mouza, y estuvo a punto de sonreír al captar la astuta expresión del marroquí, que había caído en su trampa: creía que Ninga quería la casa para poder recibirlo a él cuando fuese a Tongoro. No había que preocuparse por Mouza, pues. Le diría a Hassan que le había visto besando a Ninga, pero eso sería cuando Makingo ya estuviese lejos de allí...

Si es que llegaba muy lejos, porque Tobutu podía aparecer con sus hombres de un momento a otro. ¿Dónde estaba el maldito Tobutu? Si no aparecía. Tony Mason se iba a ver en un grave apuro, pues todos sus planes se caerían como un castillo de arena.

¡Maldito Tobutu...!

Boutet y Crosby regresaron diez minutos más tarde, con cara de frío, y se fueron directos hacia la botella de *whisky*, mientras Crosby decía:

—El yate ya está delante de la gruta. Bueno, no delante exactamente, pero ya vale.

—Saben cuál es la gruta —dijo Hassan, frunciendo el ceño—, tendrían que estar delante mismo.

—Es fácil equivocarse para quien no la conoce bien —encogió los hombros Crosby—. Están bien donde están, Hassan.

Makingo iba mirando de uno a otro. Luego, miró su reloj, y se pasó una mano por la boca. Se oyó el gorgoteo del *whisky* que Crosby servía para él y para Boutet.

Treinta y cinco minutos más tarde, Von Kaster apareció en el salón, atrayendo las expectantes miradas de todos. El alemán estaba

pálido como un muerto, y le temblaban las manos.

—Ha funcionado —jadeó—. ¡Ha funcionado, Mandel! ¡El rayo ha atravesado como si se tratase de mantequilla el bloque de acero que teníamos preparado! ¡Ha funcionado! Uno de esos rayos puede penetrar las planchas de cualquier buque de guerra, y llegar a los depósitos de combustible en menos de un segundo... ¡Lo he conseguido!

Hassan Mandel corría ya hacia la puerta, seguido por Jason Makingo. Ninga miró a Tony Mason, que estaba casi tan pálido como Von Kaster, y que no le hizo el menor caso, pendiente por completo del alemán, que parecía a punto de desvanecerse de alegría. Reaccionó de pronto, saliendo del salón en pos de Mandel y Makingo.

—Vamos —dijo Crosby—, ahora tendremos que sacar los proyectores por el mismo camino.

—Hay que llevar el equipaje al yate de... —empezó Tony.

—Hassan lo hará y el propio señor Makingo. Lo primero es lo primero, Mason. ¡Todos abajo!

Cuando llegaron al laboratorio, Makingo y Hassan escuchaban ya las excitadas explicaciones de Von Kaster, que señalaba el bloque de acero partido por la mitad. Junto al alemán, sus tres colaboradores parecían alucinados, y desde luego, también muy pálidos. La cabeza de Tony Mason comenzó a dar vueltas. ¡Maldito Tobutu! ¿Qué podía hacer ahora él solo? Junto a él, Ninga le miraba, con los ojos muy abiertos, anhelante, interrogante. Tony movió negativamente la cabeza. No podía hacer nada, teniendo frente a él una docena de hombres... Ninga señaló hacia arriba y se fue. Tony retrocedió un paso, otro paso, otro... De pronto, su mirada chocó con la de Mouza, que le miraba como queriendo convertir esa mirada en un rayo láser capaz de taladrarlo. El marroquí se inclinó hacia Mandel, y musitó rápidamente unas palabras en su oído. Hassan Mandel se volvió a mirar a Mason, duramente.

—Mason, venga. ¿No le interesa esto?

—Pues...

—Venga aquí.

Crosby y Boutet se habían vuelto a mirarlo. Y también Muslim. Tony Mason asintió, se acercó, y cuando vino a darse cuenta estaba

rodeado por el grupo de Hassan Mandel. Von Kaster estaba dando explicaciones a Jason Makingo, con voz aguda por la emoción. Estuvieron así cuatro o cinco minutos, señalando diversas partes de la explicación escrita... Mason estaba aterrado: el manejo del proyector era tan fácil que incluso Jason Makingo era capaz de hacerlo funcionar.

Y lo hizo funcionar. Von Kaster colocó una de las mitades del bloque, de acero sobre la otra, y Makingo, tras apuntarla, apretó el disparador... Un delgado y rectísimo rayo de color anaranjado brotó del extremo del proyector, e incidió en el bloque de acero. Por un momento, pareció que no fuese a ocurrir nada, pero, de pronto, apareció un poco de humo, y la mitad del bloque de acero mostró el limpiísimo orificio.

—¡Suficiente! —exclamó Makingo—. ¡Llévenlos a mi yate!

—Esté, no —dijo Von Kaster—. Éste es para nosotros. Los demás ya están desmontados, y a punto para traslado.

—Ocuparos de eso —dijo Hassan—. Nosotros volvamos arriba, señor Makingo. Les acompañaré hasta el yate, y si es necesario ayudaremos a subir el material a bordo, Mason —le miró duramente—, usted ayude aquí abajo... ¿Me comprende?

—Claro —masculló Tony.

—Vamos, señor Makingo. Von Kaster, suba más tarde; tenemos que celebrar esto adecuadamente.

—¡Ya le dije que lo conseguiría, Mandel! —exclamó el alemán, estremecido de gozo. Hassan sonrió, y empujó amablemente a Makingo hacia la salida del laboratorio. Poco después estaban en la cocina, y desde allí se dirigieron al salón en busca de Ninga. A Hassan le pareció oír el inconfundible sonido de un teléfono al ser colgado, pero, cuando entró en el salón, Ninga estaba sentada en el sofá, con un vaso de *whisky* en la mano, con expresión muy tranquila..., y Mandel no se dio cuenta de la agitación mal contenida de su pecho.

La muchacha miró a Makingo, y sonrió, alzando el vaso.

—Sólo quería probarlo... ¡Es asqueroso!

—Tenemos que irnos —dijo Makingo.

Salieron del salón. Ninga recogió su maletín, Makingo su maleta, y Mandel las dos de la muchacha. Cuando llegaron al borde del acantilado, Hassan Mandel dejó un momento las maletas en el

suelo, y señaló hacia abajo.

—Ahí está su yate, señor Makingo. Los llevaré a él con mi lancha.

—Sí, muy bien. Gracias, Mandel.

Llegaron abajo, y Mandel saltó a su lancha, se hizo cargo de los equipajes, ayudó a los dos negros a saltar a cubierta, y finalmente miró hacia la borda del yate.

—¡Sidi! —llamó.

—¡Estoy aquí! —Apareció la silueta de Sidi—. ¡Todo está bien!

Hassan asintió con la cabeza, puso el motor en marcha, y dirigió la lancha hacia el yate de Jason Makingo. Paró el motor cuando estuvo a la distancia que calculó adecuada, de modo que llegaron suavemente al costado del yate. No habían luces en éste, ni se veía a nadie en la borda, dispuestos a ayudar en lo que fuese necesario. Jason Makingo se asió a la blanca escala de plástico colocada en el costado.

—¡Oringo! —llamó.

—Voy a subir —dijo precipitadamente Ninga—. ¡Me da la impresión de que voy a caerme de la lancha de un momento a otro!

—Es mejor que espere —dijo Hassan—. Quizá no...

Pero Ninga subía ya, ágilmente. En un instante, lo había comprendido todo, y no quería estar en aquella lancha ni un segundo más.

Estaba en lo cierto. Todavía no había llegado arriba cuando en la pequeña plataforma de la escalerilla apareció Tobutu con una metralleta en las manos.

—¡Ninga, apártate! —gritó.

La muchacha lanzó un grito, y se encogió en la escalerilla. Todavía pudo oír el grito de rabia de Hassan Mandel... Casi al mismo tiempo, por encima de ella la metralleta de Tobutu, se convirtió en una pequeña antorcha trepidante. Ninga se llevó las manos a las orejas, para protegerlas del fuerte chasquido de las balas que pasaban muy cerca de ella... Y así, entre los disparos y la protección de sus manos, no pudo oír los gritos de Jason Makingo y Hassan Mandel. Sólo supo que, de pronto, aquel espantoso estruendo cesó.

Retiró las manos de sus orejas, y miró hacia abajo. Al lejano resplandor de la luz del faro, vio los cuerpos del negro y del

marroquí, retorcidos verdaderamente, convertidos en sendos guiñapos. En dos o tres puntos de la lancha se oía un sonido gorgoteante... Vio aparecer el agua en diminutos surtidores brillantes por los orificios de algunas balas que no habían acertado los cuerpos de Mandel y Makingo. Y junto con ese extraño gorgotear, oyó los gritos hacia el embarcadero.

Alzó vivamente la cabeza.

—¡Tobutu, hay un hombre en el yate de Mandel...!

—No te preocupes por él: ya hace rato que dos de los nuestros han ido nadando hacia allí, y si no lo han matado antes ha sido por no alarmar a Mandel. Vuelve a la lancha: iremos a tierra...

Cerca del yate se oyó un estampido. Y en el yate un alarido de dolor. Casi inmediatamente, el ruido de algo pesado al caer al agua. Luego, del mismo sitio, una voz:

—¡Tobutu!

Éste bajó por la escalerilla, saltó a la lancha que se iba llenando de agua, y ayudó a Ninga a acomodarse, pisando sin piedad alguna los cadáveres de Makingo y Hassan Mandel. Miró hacia arriba, donde ahora sí se veían las siluetas de varios hombres en la borda.

—Esperad a que salgan los hombres de Mandel —dijo—. Y matadlos a todos en cuanto el material esté fuera. Luego, subidlo a bordo y esperadme.

Puso el motor en marcha, y dirigió la embarcación hacia las rocas. Cuando llegaron allá, dos negros les estaban esperando, sosteniendo en alto sus pistolas, para evitar que se mojasen ni siquiera con algunas gotas de sus chorreantes cuerpos. Los ayudaron a saltar a tierra, y Tobutu señaló hacia arriba.

—Guíanos hacia la casa, Ninga.

—¡Creí que te habían matado, creí...!

—Ya ves que no —apareció la blanca mancha de los dientes de Tobutu—. Simplemente, cuando comprendí que Tony Mason no había encontrado una solución cómoda, comencé a pensar por mi cuenta. Me pareció que lo mejor era atacar cuando los hombres de Jason y de Mandel estuviesen separados. Así pues, en cuanto oscureció, nos acercamos nadando al yate, subimos a él, y pudimos sorprender a los hombres de Jason... De todos modos, hemos tenido tres bajas. Por suerte, el yate estaba lejos de aquí entonces, y según parece, no oísteis nada.

—No... Nada. ¿Y los hombres de Jason?

—Tuvimos que matarlos, naturalmente. Cuando los de Mandel salgan de la gruta, los acribillarán. Y mientras tanto, vamos nosotros a por esos hombres que hay en el sótano... ¿Sabes ya cómo bajar a él?

—Sí... Se quedaron un proyector, Tobutu.

—No tendrán tiempo de utilizarlo. Vamos, pronto.

Seguidos de los dos negros armados de pistolas, emprendieron la ascensión, por los escalones de piedra... Y todavía no habían llegado arriba cuando llegó a sus oídos el crepitar de los disparos, tras ellos y abajo, en la costa rocosa.

—¡Ya han salido! —exclamó Tobutu—. ¡Vamos a verlo!

Todavía resonaban algunos disparos cuando llegaron arriba, y Ninga los guió hacia la parte del acantilado que descendía en pronunciada vertiente hacia el mar. Llegaron a un punto desde el cual vieron el yate de Jason Makingo, en cuya borda todavía se veían los fogonazos de algunos disparos. En el agua aparecían breves surtidores de espuma.

—Mira —señaló Ninga—. Aquéllas son pequeñas balsas que han estado utilizando para transportar los proyectores por la gruta. Estuve ayer en ella, pero no me atreví a llegar hasta el fondo.

—Ya no importa.

Los disparos habían cesado. Desde allí, vieron las figuras de algunos hombres descendiendo por la escalerilla y luego deslizándose al agua para nadar hacia las dos pequeñas balsas, sin que nadie los incomodase.

—Los han matado a todos... —murmuró Ninga.

—¿Y qué? Eran sólo gente sin escrúpulos..., como nosotros mismos, querida. Ellos han perdido, eso es todo.

Ninga pensó en Tony Mason, y estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. A fin de cuentas, ¿qué le importaba a ella aquel británico insolente y rudo?

—Vamos a la casa —susurró.

Al llegar allí, ni siquiera pasaron por el salón. Ninga los guió a los tres directamente hacia la cocina, y desde allí bajaron a la despensa-cuadra. El silencio era absoluto. Cuando llegaron ante la puerta metálica, Ninga, simplemente, llamó a ella y se apartó.

A los pocos segundos, la puerta se abrió. Von Kaster, con

expresión de júbilo, chispeantes sus ojos que se veían diminutos, apareció ante ellos, exclamando:

—¡Estamos haciendo...!

Tobutu alzó la metralleta, y descargó una corta ráfaga contra el pecho del alemán, cuya expresión jubilosa se convirtió en un grito de dolor mientras saltaba como arrancado del suelo, para caer de espaldas hacia el interior del laboratorio... Junto a él, todavía con una sonrisa como congelada en los labios, quedó visible otro de los científicos, que recibió en plena frente las balas disparadas por los dos negros amigos de Tobutu. Sin detenerse, los tres entraron en el laboratorio, mirando a todos lados con expresión enloquecida.

Hacia el fondo, los dos hombres que quedaban estaban mirando hacia ellos, pero petrificados, lívidos como si ya estuviesen muertos. Uno de ellos todavía tenía una mano sobre el proyector que se habían quedado para seguir haciendo pruebas...

Dos segundos más tarde, yacía en un rincón, bajo un tablero lleno de instrumentos, retorcido como las hilachas de una cuerda. A su lado, con los ojos desorbitados fijos en el blanco techo, quedó el otro, con una mano crispada en el pecho...

Y de nuevo aquel terrible silencio.

Tobutu señaló hacia fuera del laboratorio.

—Echad un vistazo por ese pasadizo, Nimor. Si alguno de los hombres de Mandel hubiese quedado con vida y regresase por ahí, matadlo. Esperad aquí durante diez minutos, que es el tiempo que calculo que tardarán en cargarlo todo en el yate de Makingo... Y yo también voy a ver qué encuentro por arriba en el despacho de Mandel. Diez minutos.

—Sí, Tobutu.

—Ninga, ayúdame.

Entre los dos sacaron el proyector del laboratorio y lo subieron a la cocina. Desde allí lo trasladaron al salón, donde quedó instalado en el centro.

—¿Dónde tiene Mandel su despacho? ¿Sabes si hay algo allí?

—No puede tener nada importante. Ni siquiera dinero. Lo sé porque lo estaba esperando de Suiza para pagar a Tony Mason.

—Bien. —Tobutu se pasó una mano por la cara, con ademán fatigado—. Vamos a esperar aquí unos minutos a Nugo y Nimor, para que lleven este proyector al yate. ¿Viste cómo funcionaba?

—No. Estaba preocupada, y subí para llamarte, para saber qué ocurría. Pero creo que hay unas instrucciones escritas que debe tener Jason.

—Las buscaremos en sus ropas al volver...

—Estás cansado. ¿Quieres beber algo? Tienen muchas bebidas aquí.

Tobutu negó con la cabeza, y se dejó caer en un sillón. Ninga se sentó frente a él y le miró, sonriente y preocupada a la vez.

—Ya ha pasado todo —murmuró.

—Sí... Los hemos matado a todos, tenemos los proyectores... Pero han sido unos días de gran tensión, Ninga. Sobre todo, desde que hablé con Tony Mason: no podía estar seguro de que realmente estuviese dispuesto a traicionar a Mandel, y temía por ti y por la trampa que podían tendernos a todos después de matarte...

—No. Tony Mason cumplió su trato con nosotros. Al menos, no nos traicionó. Nosotros a él, sí.

—Era un maldito imbécil —farfulló Tobutu—. ¿Por qué teníamos que darle doscientas cincuenta mil libras? Además, pronto habría comprendido la verdad, y quizá se hubiese puesto pesado. Cuando se hubiese dado cuenta de que lo que habríamos hecho no sería precisamente evitar la revuelta de Makingo, sino organizaría nosotros para conseguir los mismos fines que Makingo, habría empezado a pedirnos dinero... Nunca habría tenido bastante. ¿Qué te pasa?

—Es todo esto... ¿Crees que lo conseguiremos?

—Claro que sí. Y mejor que Makingo. Les vamos a dar a nuestros «colonizadores» una lección tal con los proyectores, que jamás se atreverán a volver a poner sus pies en África. Y dentro de muy poco. ¡Tobutu, el rey de Tongoro! —Alzó un brazo, sonriendo.

—Y Ninga, reina de Tongoro... —rió la negrita.

—Y Tony, contrabandista oficial de Tongoro —dijo la voz de Tony Mason en la puerta. Los dos negros gritaron y se pusieron en pie a la vez, sobresaltadísimos, saltones los ojos. El grito de Tobutu se convirtió en un rugido de rabia, y orientó su metralleta hacia la puerta...

¡Crack!, restalló el disparo efectuado por Tony Mason.

De nuevo gritó Tobutu. Un alarido agudo, súbitamente terminado mientras saltaba por encima del sillón, con una bala en

el centro de la frente. Se deslizó por el suelo un par de metros, y quedó inmóvil. Pero quizá más inmóvil todavía estaba Ninga, como hipnotizada.

Tony Mason, todavía chorreando agua, y por supuesto en traje de baño, se acercó a donde yacía Tobutu, recogió su metralleta y fue a dejarse caer en el sofá.

—Siéntate —dijo, mirando inexpresivamente a Ninga.

Ella le miró. Por un instante, Tony creyó que no le había entendido, pero en seguida, ella se sentó, desviando la mirada de nuevo hacia el cadáver de Tobutu. De pronto, parpadeó, y otra vez miró a Tony.

—Si vas a preguntarme por vuestros dos amigos de la gruta, olvídalos: eran muy torpes. Esta pistola es de uno de ellos.

—¿Los has matado?

—No he tenido otro remedio —murmuró Tony—. Pero todavía me lleváis mucha ventaja, Ninga, en esto de matar.

—¿Cómo es posible que estés vivo? ¿Los demás también...?

—No. Los demás están en el fondo del mar, junto a la costa, con el cuerpo lleno de balas. Y si no estoy con ellos es porque cuando ya estábamos cerca de la salida, tuve un presentimiento relacionado con la comparecencia de Tobutu. «¿Y si se han apoderado del yate de Makingo y nos están esperando afuera en él?», pensé. Y naturalmente, la idea de no confiar en vosotros ya era vieja. A decir verdad, desde el primer momento desconfié, porque lo que me contó Tobutu no tenía sentido: si sabíais todo eso de Jason Makingo, y queríais impedirle que sus planes funcionasen, os bastaba haberlo denunciado en Tongoro. Pero no. Lo que hicisteis fue jugar con él, a la espera de conseguir vosotros los proyectores de láser. Yo tenía que comprender eso, negrita. Del mismo modo que tenía que comprender que vuestro interés por conseguir los proyectores, era personal..., y no para una causa justa. Pero como vuestra intervención me interesaba...

—¿Por qué? —se sorprendió Ninga.

—Mi verdadero nombre es Reginald Landsbury —sonrió fríamente el británico—, efectivamente, agente del MI 6, tal como creía y luego supo con certeza Miléne Quidet. Ella fue a la lancha Bijoux y yo la hubiese ayudado si las cosas no se hubiesen puesto peliagudas... Si no hubiese reaccionado como lo hice, Crosby y los

demás nos habrían matado a los dos. Luego, le hice comprender a Miléne Quidet que yo era en efecto Reginald Landsbury, y ella hizo lo demás con vistas a nuestra supervivencia y posible éxito en nuestro trabajo: simuló haberse equivocado de lancha yendo a Bijoux cuando la que buscaba era Bistro, y aceptó el nombre de Archibald Brambury como el del agente que había ido buscando allí. Así pues, sin hablar, ella y yo nos entendimos a la perfección, y realizamos toda una comedia digna de dos auténticos espías y contraespías. Como el que tenía más probabilidades de seguir con Hassan y su gente era yo, lo enfocamos todo en ese sentido, a fin de que confiaran en mí, y seguirles la corriente hasta que todo el plan y todos sus contactos y canales quedasen al descubierto. Y creo que así ha ocurrido.

—Pero los diamantes llegaron a Londres...

—Claro que sí. Los llevó un español que colabora con el MI 6 a cambio de una determinada subvención. Naturalmente, el contacto tan flamante que Hassan había buscado en Londres durante su último viaje, fue controlado desde el mismo momento en que recibió los diamantes. Y después de él, siguiéndole, ya debe estar al descubierto toda la red hasta Suiza, así como el industrial que aceptó fabricar los proyectores... ¿No comprendes que todo ha estado previsto, Ninga?

—Entonces, es verdad..., tú no eres un contrabandista...

—No seas estúpida —gruñó Tony Mason—. Yo era y soy un tipo que ha estado haciendo su papel desde que en Londres olieron lo de las esmeraldas y su procedencia. Me enviaron aquí con un cometido, y lo he cumplido, eso es todo. Dentro de poco llegarán aquí unos cuantos hombres del SDECE y del MI 6, y terminarán con esos asesinos del yate. Punto final, querida Ninga.

—Tú eres un asesino... ¡Me dijeron que habías tirado al mar a la espía francesa! ¡No creo nada de lo que has dicho!

—Nena —se resignó Tony, eres tonta. ¡Y pensar que querías ser reina! ¿No lo entiendes? Cuando golpeé a Mouza, fue para que no viese que al tirar al agua a Miléne, con las cadenas en la cintura, no las había sujetado adecuadamente. Eso quiere decir que en cuanto estuvo en el agua, Miléne Quidet se desprendió de las cadenas, nadó bajo el agua para salir interponiendo la lancha entre ella y la costa, y cuando yo regresé, la llevé a remolque. Al llegar a una distancia

conveniente, ella se sumergió, y nadó hasta ponerse a salvo.

—¡Y parecías tan triste!

—Hipócrita que es uno —sonrió Tony Mason—. ¿Sabes que estoy empezando a ponerme nervioso? Primero, para evitar muertos entre los del MI 6 y los del SDECE, tuve la gran idea de llamarlos por teléfono para decirles que no interviniesen, que yo lo arreglaría todo solito. Y esto, porque contaba con la ayuda de Tobutu, al que luego habría engañado como a un chino. Pero luego, cuando Tobutu no aparecía, me «olvidé» el bañador aquí y volví a buscarlo... De paso, llamé por teléfono a cierto amigo mío de Tánger..., que ya debería estar aquí. Un grupo vendrá...

Lejanos, llegaron de pronto los disparos hacia el mar, y Tony Mason se puso en pie de un salto.

—¡Ahí están! ¡Voy a...! ¡Quieta! ¡Ninga, detente!

Pero Ninga, descompuesto el rostro por una expresión de súbita furia, no le hacía caso. Corrió... hacia el proyector que Tobutu había emplazado en el centro del salón, se agarró a su mando de disparo, y le dio la vuelta hacia Tony Mason, que, apuntando su pistola hacia la muchacha, palideció intensamente.

—¡Sal de ahí! —gritó—. ¡No me obligues a disparar! ¡Ninga, sal de ahí!

Ninga lanzó un auténtico rugido de triunfo cuando localizó el pequeño botón de disparo.

—¡Te mataré! —aulló—. ¡Te...!

Plop, sonó el amortiguado disparo en la puerta del salón.

Ninga dejó de gritar, mientras al mismo tiempo que la parte superior de su cabeza se convertía en una masa rojiza, daba la vuelta de campana hacia delante, pasaba por encima del proyector, y caía de espaldas muy cerca de Tony Mason, que se quedó mirándola.

—¿Estás loco o qué? —vociferó alguien, en la puerta del salón—. ¿No veías que quería matarte? ¡Reginald!

Tony Mason alzó la cabeza, vio al hombre y parpadeó.

—Hola, Thomas —saludó.

El otro agente del MI 6 se acercó a Ninga, pero no se detuvo a examinarla al ver cómo tenía la cabeza. Miró a Tobutu, caído más allá, y de nuevo a Tony Mason.

—¿Cómo están las cosas por abajo? —preguntó.

—Solucionadas.

—Bien. Voy a ver si han controlado a los del yate... No, no, no, tú quédate aquí. Y haz el favor de volver a este mundo. ¡Reginald!

—Sí... Sí, sí, estoy bien, Thomas, gracias... ¿Qué sabes de la señorita Quidet?

—¿La tía buena francesa? Oh, está bien. Ha venido con sus amigos del SDECE, naturalmente. Ella quería...

Thomas Harrington dejó de hablar, porque Miléne Quidet entró en aquel momento en el salón, seguida de tres hombres. Se quedaron mirando todos a Tony Mason, que alzó una mano y saludó:

—Hola, señorita Quidet. ¿Cómo fue el baño? Luego ya no la he vuelto a ver, y no he tenido ocasión de preguntárselo. ¿Todo bien? ¿Oui? ¿Ça va?

—Ça va, oui —murmuró Miléne—. ¿Está usted bien, señor Landsbury?

—Creo que sí. ¿Qué le parece? ¡Menuda lección sobre contrabando les hemos dado a toda esta gente, ¿verdad?! Contrabando de diamantes, contrabando de rubíes...

—¿De rubíes? —se sorprendió Miléne.

—Rubíes por diamantes. Vendían diamantes auténticos para fabricar rubíes sintéticos para los rayos láser. Supongo que usted sabe que para conseguir los láser son imprescindibles, trabajando por el sistema antiguo, las barritas de rubí sintético... Curioso, ¿no está de acuerdo? Rubíes sintéticos por diamantes auténticos. Nuestro contrabando ha sido mucho más lógico que el de ellos.

—¿Nuestro contrabando? ¿Qué contrabando?

Tony Mason, es decir, Reginald Landsbury, estuvo unos segundos mirando muy atentamente los ojos de Miléne Quidet. Vaciló y por fin musitó:

—No sé... Quizá me estoy equivocando, a fin de cuentas. Hay mucho trabajo por hacer además. Y el trabajo es lo primero...

ESTE ES EL FINAL

Debían ser las cinco menos cuarto cuando sonó el timbre de la puerta del elegante apartamento que Reginald Landsbury tenía en Mayfair, Londres. El agente del MI 6 apareció en el pasillo, se miró al espejo de marco dorado, se arregló el nudo de la corbata, y se echó un vistazo general. Impecable.

Luego, fue a abrir la puerta. Y puso cara de asombro.

—Caramba, señorita Quidet —exclamó—. ¿Usted por aquí?

—Sí. He conseguido que me dijeran dónde tiene usted su guarida, señor Landsbury. ¿Puede pasar?

—Naturalmente. Vaya, de veras, es toda una sorpresa. ¿Está de paso por Londres, quizá?

—No señor —lo miró hoscamente Miléne cuando Reginald hubo cerrado la puerta—. En cuanto he terminado todo lo que quedaba pendiente del asunto en Tánger, me he apresurado a venir, porque quiero que usted me aclare algo.

—¿Yo? Creí que todo había quedado bien claro entre nuestros respectivos servicios... Pero, por favor, pase. Hace una espléndida tarde, ¿verdad? ¿Conocía usted ya Londres?

Miléne Quidet no contestó. Dirigió una hosca mirada de reojo al británico, y le precedió por el pasillo; apenas entrar en el saloncito la aguda mirada de la contraespía captó la situación, sobre una mesita, delante del sofá, había un servicio de té para dos, pastas, cigarrillos, una botella de *whisky*... Las cortinas estaban corridas y el ambiente era de grata penumbra, confortable, silencioso...

—Me parece —murmuró— que he llegado en mal momento: está usted esperando a alguien para tomar el té.

—Pues sí —admitió Tony Mason—. Pero, por favor, eso no tiene que cohibirla. ¿Qué es lo que tengo que aclararle? Lo haré con mucho gusto, desde luego. ¿De qué se trata?

—Es sobre una frase suya, allá en Tánger... Dijo que nosotros habíamos realizado un contrabando. ¿Qué contrabando?

—Ah... Bueno, considerando nuestra peculiar situación de entonces, que nos convertía en... grandísimos amigos, yo diría que hicimos un contrabando de... ¡Oh, demonios, es que suena bastante cursi!

—Permítame que lo juzgue yo misma.

—Sí, por supuesto. Digamos que nosotros engañamos a Hassan Mandel y a sus amigos pasando ante sus narices un contrabando... de amor.

—¿Era eso?

—Pues sí... —Se mosqueó Tony Mason—. Sólo eso. Ellos estaban convencidos de que habíamos terminado por amarnos, y luego creyeron que yo la había matado, pero no fue así, sino que... Bueno, ya comprende.

—Sí. Pero, señor Landsbury, nosotros no nos estuvimos amando. Ya comprende.

—Sí. Cometí la tontería de ser todo un caballero en cuanto apagaba la luz. Cosas de los británicos. Y a propósito de británicos: ¿no querría usted tomar el té conmigo?

La muchacha miró hacia la mesita.

—Está usted esperando a alguien, señor Landsbury.

Tony Mason se rascó la nuca.

—Verá usted, señorita Quidet... En cuanto terminé mis informes sobre el caso, llamé a mi jefe, y le dije que le agradecería infinito que se pusiera en contacto con el SDECE solicitando como gran favor la dirección de la agente Quidet. Le contestaron que precisamente ellos se disponían a solicitar la dirección del agente Landsbury del MI6, a solicitud de su agente Quidet, que ya tenía pasaje en avión para Londres. De modo que mi jefe facilitó a sus jefes mi dirección, y me avisó. Así que preparé el té.

Miléne Quidet consiguió salir de su estupefacción.

—¿Quieres decir que el té es para mí? ¿Que me estabas esperando?

—En efecto. Y —señaló su artístico reloj de pared— ya van a

tocar las cinco. ¿Lo prefieres con leche o con limón?

Miléne dejó su bolsito, se acercó a Reginald Landsbury y le echó los brazos al cuello.

—Santo cielo —gimió dulcemente—. ¡Qué cargantes sois los británicos, Tony!

—Te advierto —tartamudeó el contraespía, bizqueando para poder mirar los labios que se acercaban a los suyos— que van a tocar las cinco...

Tocaron las cinco.

Pero, ciertamente, a ninguno de los dos se le ocurrió ni tan siquiera mirar hacia la mesita donde esperaba el té.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...